

The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

913.85
V14d

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



10002562585

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on ~~the day indicated below:~~

~~5 Mar '51 LG~~

JUN 26 1999

MAY 07 1999

CARREL CHARGE

SEP 13 2001

SEP 10 '01

CARREL CHARGE

APR 19 2000



De la vida Inkara

Algunas captaciones
del espíritu que la animó
por Luis E. Valcarcel



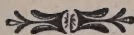
DE LA VIDA INKAICA

ALGUNAS CAPTACIONES
DEL ESPIRITU QUE LA ANIMO

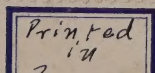
POR

LUIS E. VALCARCEL

DIBUJOS DE JOSE SABOGAL



EDITORIAL GARCILASO
LIMA — 1925



ESTE LIBRO CONTIENE:

Portada y Colofón:

KOSKO!

LAS LEYENDAS DEL HOMBRE DE PIEDRA

KUSIPUMA.—Escenas de la vida imperial

ARS INKA

GLOSARIO

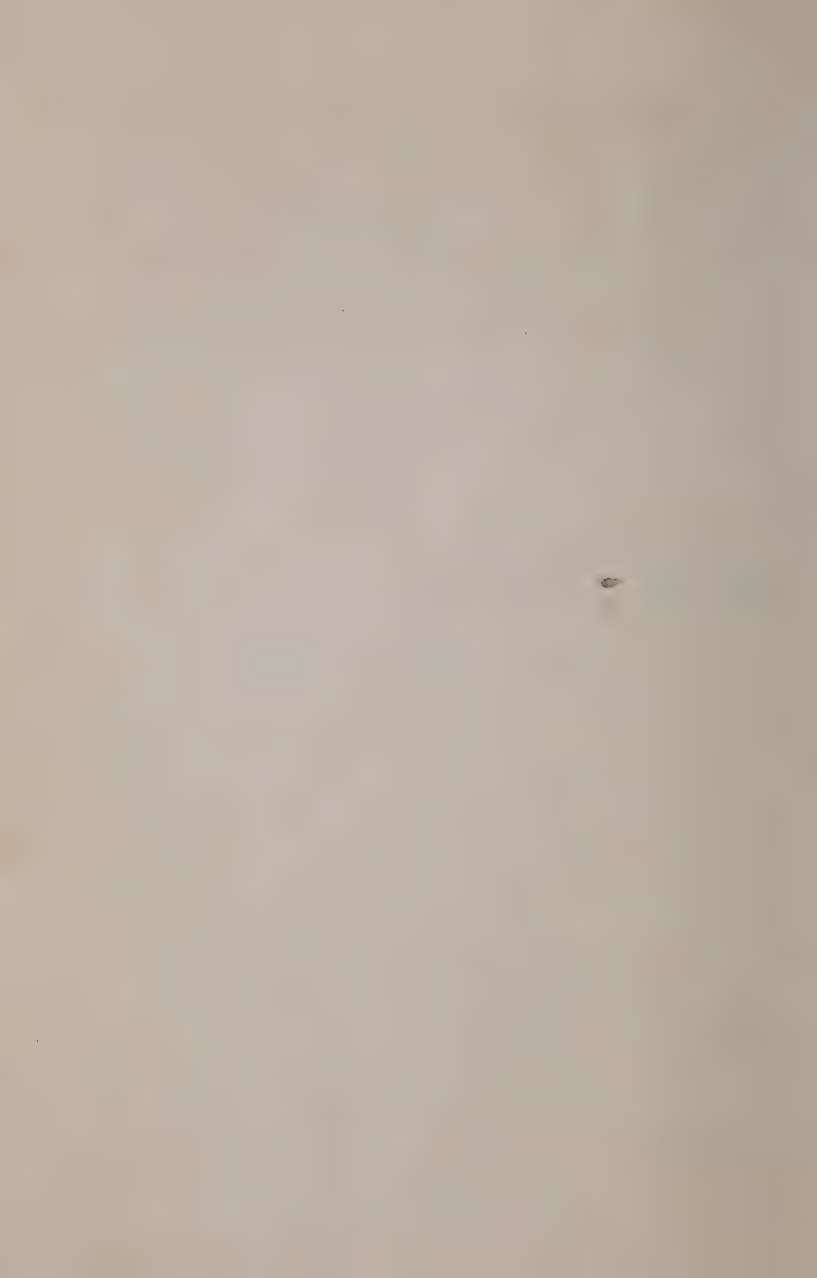
LEXICO

396378-

A TI, KOSKO!

Este libro que es mi ofrenda primicial.

L. E. V.





Oh noble, grande y fidelísima ciudad del Cuzco, cabeza de un gran reino, águila de blasón, que unes los esplendores del Sol que adoraron los viejos incas a la eterna luz del Sol que no se pone en Flandes; arca santa de las tradiciones gloriosas de la raza, que guardas solícita el tesoro espiritual de cien pueblos que marcaron cien épocas en el proceso de los siglos; ciudad milenaria, que encierras en tu seno desde el hacha de sílex del primer hombre americano hasta el cetro de oro purísimo del rey Inka; ciudad española con todos los halagos de la grande Iberia,

tienes las abruptas sierras- de la Sierra Morena y todos los aspectos de la Antigua Castilla; brillaron en tus calles, con trágico resplandor, las hojas que se forjaron en Sevilla y en Toledo, conservas con la pátina del tiempo la adarga y el lanzón, durmiendo en los trofeos bajo el lienzo inmortal de Greco o de Velásquez; ciudad esplendorosa, llenas están las crónicas de la pompa y del lujo refinado de tu noble estirpe: tienes por abolengo el Sol.

Roma de la América, metrópoli de la más brillante civilización, de todos los confines, de todos los orgullosos centros de la humana cultura, en romería mages- tuosa, llegan a tus puertas los más altos ingenios de la tierra.

Dentro de tu ambiente de recogimiento espiritual, adquieren las cosas un sentido profundo, se impregnan del misterio incomprendible y anonadante de tus muros graníticos, en los que resuenan, como ecos lejanos, las voces de guerra, los gritos de triunfo, los cantos de gloria, ¡el himno al Sol!

Oh tierra del Inca: los hombres nacieron, lucharon, murieron, dejaron su huela, garras de león o aletazos de cóndor, y tú impasible, abuela sobrehumana, seguiste tejiendo los siglos.

Eres tierra de eternidad y de misterio, eres como la roca incommovible; te lamen las aguas del tiempo y apenas fijan sus cristales.

Oh la tristeza de tus ruinas, frente a la alegría de los campos. ¡Tus campos!, cuántos milenios se aran, se siembran, se riegan, se doran con frutos preciosos; y el sol y el cielo y la tierra que fueron dominios del Inca, tienen nostalgias de días mejores: están silenciosos, como que ocultan dulces melancolías.

Cuzco! Quién sorprendiera tu misterio, quién llegara a comprender el torbellino interior que te agita, quién supiera tu preñez de pasado. Eres como el tiempo y el espacio, infinito, como el pesamiento y la vida, como el alma, como la eternidad, como Dios, como todos los valores inaccesibles a la limitación humana. En tí ha dejado su marca una humanidad más fuerte y más gloriosa, tú eres el libro abierto pero ininteligible, tus páginas están escritas con caracteres desconocidos.

Oh tierra española, nuevo estrato, nuevo capítulo, aquí están la cruz y la espada, el conquistador las clavó bien alto, hasta nublar el Sol. Obscurecióse el cielo, enterróse al Inca, y comenzó la agonía de la raza; sobre las ruinas del viejo imperio, al-

zóse el dominio hispano; después de la dorada leyenda de la estirpe solar, la leyenda trágica y voluptuosa del hidalgo guerrero de adarga y lanzón; la casona castellana de portalón blasonado, el grande patio pleno de sonoridad y de luz, en el claustro en tinieblas, silbante el viento, la casa de Dios, enorme y magestuosa, con la primacía de todas las artes, la calle estrecha y oscura, tenebrosa encrucijada; el alto campanario que derrama la piedad a la hora del ángelus; la plaza inmensa, la plaza silenciosa y desierta que fuera testigo de las refinadas crueldades de Areche y Loarte, la plaza que presenciara el suplicio horripilante de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, la plaza que aparece alucinada en las noches de luna, que se pone blanca como una llanura, que se pone triste con la tristeza abismante de las sombras, de las sombras enormes de los templos gigantes.

Oh alma española, quedaste aprisionada, las cosas tienen tu esencia de muerte; tus ruinas de palacios soberbios, junto a las ruinas del templo del Sol; las plegarias de tus caballeros, los suspiros de tus bienamados, las blasfemias y los juramentos se confunden con las lágrimas, con los gemidos de la raza vencida.

Y la música de los triunfadores y la mú-

sica de los derrotados, se diluye en una sola música que tiene la virtud suprema de hacernos llorar juntos.

Cuzco libertador! Eres como el viejo tronco, que da verdes ramas que trepan los cielos; eres inmortal, siempre hacia tí los hombres vuelven sus ojos; eres como el cuerpo y el alma de este pueblo. Cuando las desfallecencias se propagan, tú tienes fé; cuando las inquietudes agitan, tú estás firme; cuando los quebrantos intimidan, tú te yergues. De tu seno salieron los próceres; década tras década, estallaron las revoluciones emancipadoras y el clarín de guerra llamó a los pueblos para hacerlos libres. Cuántos nombres registra la historia, cuántas vidas se ofrendaron en la lucha; pero tu vigor es sin segundo, seguiste enviando a la arena hombres como leones y jamás faltó sangre con qué regar los campos de la libertad.

Surgió un hombre genial. (1) Quiso hacer otra vez cerebro y corazón de la nacionalidad. Eras tan grande, tu poder era tanto, tu riqueza, tu nombre bastantes. ¡Ya se veía resurgir el nuevo Perú!

(1) Santa Cruz.

Alejada, aislada, solitaria, como esas grandes señoras orgullosas venidas a menos y que ocultan su pobreza en la soledad de su retiro: así tú, pueblo glorioso, te recogiste sobre tí mismo y viviste tu vida de recuerdos. Madre ejemplar, jamás esquivas, siempre dadivosa, siempre solícita, nunca que la patria reclamó tu auxilio, nunca dejaste de ofrecerla vidas y riquezas.

Las almas heroicas de tus valerosos hijos no disminuyeron la fama de tus mayores.

Cuzco imperial!

Cuzco español!

Cuzco libertador!

Qué promesa eres para el porvenir, qué voz de esperanza, qué clamor de gloria, qué orgullo de raza, qué escudo de fé, qué blasón de altivez.

Abuela nuestra, mil veces coronada, abuela de la América, guarda tus tesoros, guarda tus misterios, cuida de tu tradición, conserva tus esfinges: llega ya la aurora, germina el renacimiento, se abrillanta el cielo, las almas se purifican, los ojos ven claro, se siente el rumor de la Vida Nueva, salimos del infierno dantesco hacia la luz; se aleja, se aleja el presente. ¿Qué

es?, qué cantos se escucha, qué voces divinas, qué armonías celestes; se encienden los astros, ya vibra el éter, ya es el futuro.

Escuchemos el himno al Sol. (2).

1913.

(2) Este artículo fué escrito bajo la impresión del grandioso himno al Sol, recogido por Alomía Robles.



LAS LEYENDAS
DEL HOMBRE
DE PIEDRA.



Los HOMBRES de PIEDRA

“...Kon Titi Viracocha....hizo de piedra cierta gente y manera de dechado de la gente que después había de producir.....”

BETANZOS..

PURUN PACHA

En el principio era la tierra oscura y desierta. Planicies y montes de piedra. Ni un árbol, ni una hoja; ni un ave, ni nubes ni ríos. Un silencio cósmico resonaba en sí mismo.

Rocas ígneas, rocas graníticas, grises,

verdes, negras, rojizas, eran todo el paisaje cuando la primera luz comenzó a desparramarse oleaginosamente.

Conmovióse el mundo desde sus cimientos; estrías, retículas de fuego, llamaradas después, rasgaron la noche. Retumbó el espacio, repitiéndose el eco millones de veces. Cesado el clamor, del cielo bajó el Agua, y en el cuévano abierto en lo más alto de una cumbre hizo su morada.

Del vientre del Agua, nació Wirakocha.

WIRAKOCHA.

El dios nacido del Agua contempló la Tierra desde el alta cumbre.

Fatigantes llanuras plúmbeas, apenas resquebrajadas por el cataclismo. El fuego del sol calcinaba las rocas. Un hálito vital le movió a obrar, e hizo entonces la luna y las estrellas, sedantes de luz para montes y planicies quemados por el ardor del día. La noche no fué ya la horrida igualdad de lo mismo: retrato de la nada. Alternó las claridades, pero El era el Único en todo lo creado e increado.

Muy triste es la soledad aún para los dioses. Pensó en darse compañía, así fuera la de seres imperfectos. Y creó al Hombre de Piedra.

ALLKA WISA.

Kon Titi Wirakocha, el creador, mandó que los primeros seres con vida que habían salido de su mano hechos de la dura piedra, surgieran al mundo de la cueva, de la cumbre, del oculto manantial. Y fué llamándolos de sus nombres. Allkawisa nombró al primero, a quien hizo señor del Cuzco.

Como el hombre brotó el agua de la entraña misma de la tierra. Corrió, bullidora en el arroyo, silenciosa en el remanso, solemne en el lago andino y sublime en el gran mar. El agua fué hermana del hombre y de su alianza con él se operó el milagro: planicies y montes cubriéronse de verdor; mutaban árboles y arbustos, paquidermos e insectos.

Comenzaba a vivir la piedra. Bullían en sus entrañas el germen y el feto.

EL TUNDIDOR DE MONTAÑAS.

Ayar Kachi era el titán.

Con su honda ponía pavor en cielo y tierra.

Tundía las montañas con el golpe de su puño; derribábalas y convertía en valles las estepas. Ayar Kachi era el temido, y sus

hermanos pensaron deshacerse de él. Con engaños, encerráronlo en una cueva. Ayar Kachi, en el seno del Ande, reconcentró todas sus fuerzas y dió tales remezones que la tierra tembló y muchos cerros cayeron, poniendo espanto en hombres y bestias.

Cuando Ayar Manku y sus hermanos y mujeres llegaban a Tampu-kiru, seguros de su obra, he aquí que Ayar Kachi se les aparece, con grandes alas de pluma pintadas. Y sin darles tiempo de huir, díjoles sonriente: “Hermanos míos, yo velaré por vosotros desde esta cumbre”, y bajando sobre el Wanakauri el tundidor de montañas transformóse en un hombre de piedra.

LLUVIA DE FUEGO.

Kon Titi Wiracocha recorría los cabos del mundo.

Bajaba de la tierra andina, después de haber creado al hombre de piedra. Su voz estentórea repetíala cada cumbre, cada quiebra; y, a su ensalmo, salían los hombres de cuevas, de fuentes, de ríos. Y él dábales gobierno.

Así caminaba Kon-Titi, ordenando el mundo. Mas, al llegar a las sierras de Kanchi, los hombres que él mismo creara, osaron alzárselo. Conturbóse el espíritu del dios, y lloró de dolor.

De pronto, enciéndese el cielo; sangrientos fulgores lo cruzan; estallan mil truenos; retiembla la tierra; y una lluvia de fuego va quemándolo todo; calcínanse las piedras; son piras informes los montes, conos que vomitan chorros de lava.

Las bestias perecen de espanto. Los campos se cubren de hirviente lodo, de negras cenizas.

¿Acábase el mundo? Los hombres, presas de pavor, se arrojan a los piés del dios; le claman piedad.

Kon-Titi perdona a los Kanchis y contiene el furor del Kimsa-chata.

En Kacha fué elevado un santuario a Wirakocha.

LOS DANZARINES.

Thunapa, soledoso en la planicie inmensa, añoraba. Había dormido en Kachamarka la noche última: un sordo clamor le despertó, después uno como agudísimo silbido que se repetía seguidamente, variando la intensidad desde el murmullo hasta el rugido. Thunapa miró, y nada pudieron ver sus ojos en el rostro único de la noche. Thunapa tembló. Era el Viento. Pensando en el misterio nocturno, Thunapa se encontraba cerca a Ti-awanaku. Pronto pudo ver una abigarrada multitud

que, embriagándose, danzaba sin cansarse, como un torbellino, en tremendo vocerío. Thunapa levantó las manos en señal de silencio. Quería hablarles de divinos misterios. Mas, la farándula no le escuchó.

Entonces Thunapa, alzando los ojos al cielo, trocó a los hombres en esculturas de piedra. Petrificó la danza misma.

WAIPU.

El espíritu del mal se había infiltrado sutilmente en aquel pueblo de humildes pastores.

Ni los castigos de los jueces ni los consejos de los sacerdotes habían logrado modificar las costumbres. De todas las gentes, sólo una familia rendía culto a los dioses y cumplía sus deberes morales. Eran Kuntur y los suyos.

Una noche, cuando la luna se ocultaba tras los cerros vecinos, el Apu surgió de las sombras, y habló a Kuntur el Justo de esta manera:

“—Hijo mío, esta misma aurora abandona tu hogar junto con tu mujer y tus hijos: no me preguntes por qué, ni vuelvas el rostro hacia el pueblo mientras camines, ni de la pampa ni del abra.

Marcha en silencio, que yo proveeré a tu bienestar”.

Kuntur escuchó reverente la palabra del genio de sus lares, y musitando una plegaria, ofreció en lo íntimo de su corazón cumplir el divino mandato. Sin pérdida de momento—pues ya clareaba—despertó a su mujer y a sus hijos, y sin hablar con ellos sino lo necesario, cogió sus utensilios y ropas, y antes de que el sol iluminara las nevadas cumbres, salió por la llanura con rumbo opuesto a la tierra en que viviera desde sus mayores. Seguíanle silenciosos hijos y mujer.

Cuando iban a trasmontar una lomada, todos, olvidando la prohibición del Apu, instintivamente, tornaron a mirar la aldea: mas, con asombro, no percibieron sino una laguna de grises aguas en el sitio mismo donde se levantaban sus casucas. Se había cumplido el castigo del dios.

Cuando Kuntur y los suyos, aterrados, quisieron continuar su éxodo, les fué imposible moverse. Ya eran de piedra.

PIKOL

Existía una honda enemistad entre dos viejos señores del Cuzco: Pikol y Munai-senka. Rivalidades, querellas de poderío, pleitos de aguas y linderos, agriaban las relaciones de los dos importantes vecinos. Más de una vez sus tributarios se

habían ido a las manos, y todo hacía pensar que estas rencillas, un día u otro iban a tener un trágico epílogo.

No se recuerda bien qué causa hubo inmediata para determinar a Pikol y Munai-senka a medir sus fuerzas en combate singular. A la hora del encuentro, hicieron kancha todos los aukis del valle y aun los apus Pachatusan y Ausankati. Los duelistas no emplearon ni el puño ni la porra sino la zigzagueante waraka. La lucha fue encarnizada.

Y hoy mismo puede verse por los viajeros que tocan en San Gerónimo de Sorama (dos leguas del Cuzco), la enorme cicatriz que luce Munaisenka y la honda perforación sangrienta que menoscaba a Pikol, en plena faz.

APU SALLKANTAI

Oh, padre Sallkantai, señor de los montañas, cumbre de las cumbres, hermano del Sol, tú que desatas las tempestades y mueves la honda del Rayo, tú que tienes todos los poderes soberanos, oh padre Sallkantai, favorécenos.

APU omnipotente, ante quien se proster-na el mundo, veedor de las máximas alturas, que contemplas desde tu níveo si-

tial todos los confines de la tierra, séenos propicio.

Haz que no nos falte la lumbre del Sol; tú, señor, que conversas con Inti, cubriéndote el rostro con vaporosos cendales.

Haz que la sed de nuestros campos se sacie con las linfas que lo fertilizan; tú, señor, que ordenas el curso de las aguas, y conoces el origen del Willkamayu y el Apurimaj.

Tú, oh gran vigia nuestro, rugirás cuando el anti sigiloso y feroz, pretenda invadir nuestras tierras y pueblos.

¡Apu Sallkantai, señor de las montañas, salud,

WILLKANUTA

—Padre Sol, tú que fueras creado por el âbuelo Kon-Titi, que surgiste de las ondas cristalinas del Wirakocha, ¿de donde vienes cada aurora a darnos tu luz?

—Padre Sol, fuí a tu encuentro, día tras día, y siempre estabas lejos y nunca llegué a alcanzarte, ¿dónde tienes tu morada, dónde reposas y guardas tu luz?

—Padre Sol que fugas tras los montes y te ocultas tras las tapias, he seguido tu marcha cual un malhechor; bajé los barrancos, escalé las montañas,- crucé los grandes ríos, penetré en las selvas, y tú

siempre adelante, te perdiste en la noche. ¿quién te protege, oh sol, sin luz y sin fuego?

Fuí en su pos, sin descanso. Ascendía siempre de una sierra a otra más alta, hasta llegar a una inaccesible; en ella se detuvo, y oí una gran voz:

“Willkan-Uta”, Kay (“Esta es la Casa del Sol”)

APU AUSANKATI

Eran tres hermanos pastores. Sus rebaños de auchenias gigantes se alimentaban en los altos pastizales fríos.

En tiempo inmemorial, irrumpieron feroces hordas de guerreros. Los tres pastores, para salvar sus ganados, determinaron separarse; uno, Ukunkati, dirigió sus rebaños hacia las altísimas breñas de Raurajmarka; otro, Kallankati, marchó con su hato hacia las cabeceras del bosque; el tercero, Ausankati, dirigióse al valle sagrado del Kosko. Iba su tropilla delante, y él en pos, hacía sonar su waraka. Caminaba tan distraído que, al llegar a uno de los Apuchijtas principales olvidó la ofrenda debida. Los dioses se ofendieron, y en el instante el infeliz pastor quedó petrificado, sufriendo el suplicio de contemplar el Kosko en la impotencia de llegar a él,

y a su tropa de llamas sacrificadas, una a una, en pago exorbitante de la preterida ofrenda.

Apu Ausankati expía milenios su falta; mas, deificado por los Incas, se le adora como a vigía y protector.

SAIKUSKA

Por quiebras y llanadas marcha silenciosa Jatun Rumi: millares de hombres se turnan, sumisos, fatigados: abrumba su peso de montaña.

Han visto sucederse dos plenilunios: llovió, tronó, hubo insolaciones. Nada fué óbice a su paso triunfal: ni los ríos ni las cumbres.

Jatun Rumi cegó los abismos. Desde Quito hasta el Cuzco cumplía los jalones de la ruta indicada.

Los hombres gemían cual Sísifo atados a la gran peña de su fatal empresa: las manos, los hombros llagados, sedientas las fauces bajo el látigo de los decuriones.

Un día de quemante sol, Jatun Rumi suspiró:

—Jananay!

Los robustos conductores no pudieron moverla más.

Impotentes, renunciaron a su obra, exclamando:

—Salkuska!

LA COLERA DEL APU

—No te atrevas, mortal. Tu audacia te costará la vida. El Apu no permite que nadie se le acerque. El Kuntur mismo que domina los cielos se siente sin alas cual rastrera gallinácea.

—No te atrevas, no porfíes: será inútil tu esfuerzo.

El osado no escuchaba el consejo y la advertencia; y seguía ascendiendo. Seguía cuesta arriba; caía y levantaba, sudoroso, asfixiándose, trepaba, caminaba a gatas ¡Siempre más alto!

La cumbre nevada parecía alejarse hacia el zenit.

Habían pasado las horas diurnas. El Sol, al ponerse, bañaba en púrpura el picacho, rosáceo cono diamantino.

A ratos el Apu hacía invisible, envuelto en cendales de niebla.

El andinista no cejaba en su empresa, y ascendía, más muerto que vivo, anhelante de vencer; pero con el corazón en la boca, los ojos fuera de sus órbitas, trémulas las piernas, agarrotados los brazos,

asorochado, con bascas. Pero siempre arriba.

Ronco estampido atruena los aires; siguen otros ruidos cercanos, como de rodar de moles graníticas, como si se desperdigara la Montaña; son los aludes, los temidos aludes. Ciegan los relámpagos bajo la orquestación sublime de la tempestad.

Descienden los torrentes por el flanco de la Montaña, precipitándose con espantable vocerío.

La nieve lo va cubriendo todo; la neblina hace perder la noción de la realidad.

Tiembla el hombre, sólo frente al Cosmos; sacude su espíritu el torbellino del miedo.

Implora al Apu.

Se ha perdido el caminante en la cima; la nieve lo ha envuelto amorosa como en regio manto de armiño.

Esta roca de humano perfil es el osado andinista.

LOS PURUR AUK'AS

Qué tremendo aprieto sufrían las huastres del Inka. Los fieros ch'ankas iban a arrollarlos: la ciudad sagrada caería en sus manos; serían violadas las vírgenes del Sol.

¿Era la maldición del Padre?

Los soldados del Emperador ahúllan empavorizados; ya huyen; ya se desbaratan. Está perdido el Cuzco. El Inka, descendiendo de su litera de oro y pedrería, se ha lanzado al combate con rabia.

Preferirá morir. Lucha, lucha jadeante, lado a lado de sus legionarios.

Más, de pronto un vocerío. Un ulular inequívoco de victoria.

Los chankas, aterrados, retroceden como a la presencia de algo sobrenatural.

Millares y millares de soldados del Imperio cubren la esplanada y las colinas; una muchedumbre las trasmona incesantemente.

Son los **Purur Auk'a**.

Las piedras que convirtió en soldados el genio de la Raza Keswa, el divino WiraKocha.

LA VENGANZA DEL SEÑOR DE TAMPU.

El príncipe de los trópicos, el vástago feliz del señor de Tampu, enamoróse perdidamente de la hija del kuraka de Koya. Los más ricos presentes del valle cálido —el ají, la coca, el algodón, el tabaco— eran para la casa de la mujer preferida. El joven tampu había revelado los secretos agrícolas; proyectaba convertir las

playas del Willkamayu en el más bello jardín.

Mas—cuenta la leyenda—la futura suegra del príncipe tampu quiso probar la sumisión de éste, y le mandó moler ají.....

El enamorado príncipe obedeció, pero de modo singular.

Había molido el ají en la mano.

El prodigio causó asombro, y temor. De qué no sería capaz el impúber vástago del señor de Tampu.

Después de la comida de la tarde, el novio sintióse morir. Estaba intoxicado.

Con la rapidez del relámpago, súpolo el jefe tampu que corrió en auxilio de su hijo, a quien pudo salvar. Más, su venganza fué cumplida: la mujer del kuraka de Koya quedóse petrificada en el sitio que hoy llaman Kalla K'oya.

Ch'ata K'ak'a.

Surgió Ch'ata K'ak'a en lo alto del Cuzco. Vestía una roja túnica y llevaba en la diestra una K'epa, y un bordón en la otra mano. Precedió a su venida una lluvia torrencial que duró varios días, y que hacia temer el naufragio del mundo.

Ch'ata K'ak'a, mensajero del agua,

aprestábase a tocar la trompa. Desde la cumbre de Sap'i retumbarían en el valle sus roncás voces.

Las gentes, aterrorizadas ante la amenaza de la inundación, imploraban la divina clemencia, rogando a Ch'ata K'ak'a que no hiciera sonar la K'epa; porque, como el trueno, podría llamar a la lluvia y destruirse la tierra.

La súplica fué escuchada, y Ch'ata K'ak'a quedó petrificado en la cima.

Le adoran como dios diluvial.

K'anchis y Kollas.

En época muy remota existieron dos razas, pares en cultura: los K'anchis y los Kollas.

Separaba sus dominios La Raya—el gran muro que, en ruinas, aun se levanta descendiendo de la nevada cumbre del Willkan Uta. Los primeros ocupaban las tierras bajas, hacia el Cuzco; los segundos, el altiplano.

Había sido puesto el lindero por el Dios Creador, quien dividió por igual las tierras y las aguas.

Las dos razas vivían contentas, respetando la voluntad divina. Adoraban el límite, y le llamaban **K'orpa**.

Trascurrieron muchos siglos en paz y armonía.

Nadie intentó pasar la línea de demarcación. Aquello habría equivalido a quebrantar el mandato del dios ordenador.

Más, los Kollas pensaron que no era justo el reparto del mundo. No lo presidió—creían—el espíritu de equidad; puesto que, ellos, los Kollas, vivían en tierras estériles, en tanto que sus hermanos los K'anchis gozaban de la bondad de un suelo fértil, abundante en productos.

Dudaron de que fuera el Señor del Universo quien verificara la división: no hay padre—razonaron—que, así, desigualmente, trate a sus hijos.

Sostuvieron los K'anchis el sagrado origen de su dominio sobre las tierras mejores; y la guerra se encendió entre los pueblos fraternos.

Largos años lucharon sin decidirse la victoria.

Más que el odio pudo el amor, y un día el príncipe Kolla presentóse ante el señor K'anchi a pedirle a su hija por mujer.

Fué aceptado, y con gran regocijo celebráronse las nupcias. Hubo fiesta por muchos días. K'anchis y Kollas revivieron la antigua amistad fraternal.

Astutamente los del altiplano se deslizaban hacia el valle, infiltrándose con estudiada lentitud en la región K'anchis. El príncipe les favorecía con tierras y ganados, y bien pronto eran poderosos los K'ollas más allá de La Raya.

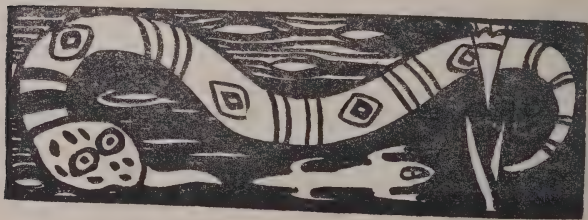
Murió la princesa—dicen las voces del pueblo que por el brutal sensualismo del esposo.

No dejó descendientes, lo que trajo grave trastorno que hizo peligrar la paz.

No intentaron los K'anchis sacudirse de la kollavina invasión. Sentíanse débiles y multiplicaban sus sacrificios a las divinidades tutelares en la esperanza de que se restableciera el primitivo orden del mundo.

Años después, apareció el gran **Ch'eka K'apaj Runa**, (El verdadero señor de los hombres")

El realizó la fusión—de K'anchis y Kollas, quienes, ya unidos, y fuertes, pudieron emprender la Conquista del Cuzco y fundar el Imperio del Sol.



KUSIPUMA

ESCENAS DE LA VIDA
IMPERIAL DEL CUZCO

Pequeña novela publicada en 1918



KUSIPUMA

En las anchas terrazas de Kollkampata, desde donde podía contemplarse la señorial ciudad, el Inka presenciaba la inicial labor de roturar los campos, preparándolos para el sembrío. Catorce jóvenes de la sangre imperialicia, al son de alegres músicas, manejaban los arados de oro; se abría la tierra en surcos húmedos sobre los que pronto había de caer la semilla. Lejano, cortando el horizonte con sus niveas aristas, alzábase majestuoso, el Apu Ausankati, titánico centinela, austero y grave como un protector milenario. Ni el más leve soplo rompía la serenidad de la tarde.

Plácido y deleitoso, extendíase el valle de los Cuatro Ríos, y más cerca del abrigo de los cerros, reclinábase la Corte del Sol, como una mancha cetrina en el lomo terso de un puma dormitante. El Inka impassible como un dios, mantenía la vista en alto, sin dignarse mirar fijamente objeto alguno. Sus ojos de ágata, brillantes, refulgían como aceros en justa. En sus pupilas, retratóse, una y otra vez, el puro azul del cielo, y su rostro de esfinge animóse ligeramente como si el bronce tomase alma.

Miró hacia el confín; ahí estaba el Apu Ausankati, soberbio, imponente, como un dios, como un Inka, más poderoso, más fuerte, eterno, incommovible, vecino del Sol, y los ojos de ágata brillaron con fulgores desconocidos revelando el secreto de su alma, como descubre el relámpago la ignota existencia de las cosas en la noche plena.

¿Qué hondos sentimientos había despertado la visión del gran ancestral inaccesible? ¿Qué sedimentos había removido en esa alma el luminoso torrente.? El Inka levantóse, solemne, de su alto sitio. Cesaron los cantos y comenzó el banquete.

Libó el rei con los grandes capitanes. Fueron hasta él a ofrendarle los jefes aliados, los nobles del aillu reinante. El Sol ponía su brillo en los metálicos ador-

nos: en el cetro, en las ajorcas, en los discos, en las armas, en los grandes aretes que pendían de los deformados lóbulos bronceos, en el broche de las sandalias, en las rodilleras.....

Hacia un extremo de la terraza, Paukar y Koillur, de la familia del Inka, nacidos los dos en la comunidad de Uskamaita, dialogaban tiernamente sobre su oculto amor.

—Eres tan hermosa—decíale él—como la hija del amanecer. Tienes el color de ese Kantut tierno que dá sus flores cerca al baño de la ñusta. Tienen tus cabellos el perfume del amankae; y en tus labios—cuenta el Kenti—guardas muy dulce miel. Son tus ojos tan negros y tranquilos como los de la taruka; y tu cuerpo es tan ágil y esbelto que vencerías en gracia a las llamitas del Inti.

Ella suspira y, sin levantar los ojos, sonríe.

En torno al Inka, se han reunido los guerreros. Un aire de solemnidad y grandeza anima todos los semblantes. Se preparan a escuchar la palabra del señor Unico, y las testas coronadas de multicolores plumajes inclínanse ante la Mas-kapaicha que se yergue.

El Inka comenzó a decir pausadamente:

—Nuestro padre el Sol ha querido esta tarde hacerme una revelación. El Apu Ausankati me ha señalado la ruta de una nueva conquista. Nuestro padre el Sol quiere que extendamos nuestros dominios hacia la región de los Yunkas, cerca de la Grande Laguna. He resuelto, pues, cumplir la voluntad de **Inti**.

El Willaj Umu fué el primero en hablar, después de dirigir al Inka su rendida pleitecia:

—Oh Gran Señor y Jefe nuestro, tus palabras han resonado en nuestras almas como la voz sagrada del Padre Sol. Más allá de la región de los Kollas, que hemos reducido; más allá del reino de los Chinchas, que es vasallo vuestro, hay otras naciones entregadas a la idolatría, ignorantes aún de las verdades de que somos depositarios. Deber nuestro es, pues, atraerlas a la comunidad de nuestra religión.

Cuando concluyó su discurso el Sumo Sacerdote, el Gran Capitán. Kapaj Yupanki, tío del Inka, habló de esta manera:

—Señor Unico, tus ejércitos van a recibir la noticia de esta nueva empresa guerrera con enorme júbilo. Bien sabes

que nuestro Aillu sagrado tiene la providencial misión de llevar sus armas victoriosas hasta donde ya no haya hombres que reducir ni pueblos que sujetar. Mientras el Sol nos alumbre y pueda volar el Cóndor, nadie repose.

Sonaron músicas, y comenzó la danza grave y solemne de los grandes días. Era la Kaswa majestuosa, sublime en ritmos de cosmogonía, cuyos aires recuerdan una edad heroica de semidioses y titanes. Era la Kaswa de cuyos compases se iban levantando, como por ensalmo, las murallas estupendas de Sajsawaman. Era la gran terraza, iluminada de occidente por el Sol, donde se desenvolvía, con desusada y maravillante solemnidad, la Danza Máxima.

Era como la parodia del movimiento de los astros, en la eterna armonía de la música de los cielos. Ora surgía el torbellino anterior a la formación de los mundos, ora el céfiro, ora la brisa. Después vino la pausa, el silencio preñado de misterio, el silencio de la nebulosa, de la noche profunda, de la altitud inmensurable.....

El Sol daba sus últimos destellos. Las cumbres del Pijchu se bañaban de oro viejo. Paukar y Koillur, en un extremo de

la terraza, sufrían del melancólico atardecer. La proximidad de una expedición guerrera iba a separar a los amantes. Paukar habló:

—Koillur mía, mi padre sabrá esta noche el amor que nos une. El te pedirá al Inka por mi esposa.

Koillur suspiró, y con la voz apagada por la emoción, dijo:

—Inti lo quiera.....

De lo profundo del valle comenzó a subir la sombra; y en el horizonte brilló Venus pálidamente.



II

Kusipuma era hijo de Kullunchima,preciadísimo señor de Rauraj-Aillu y lugarteniente de Kapaj Yupanqui, entonces general en jefe del ejército imperial.

Feroz y tierno a la vez, correspondíanse excepcionalmente nombre y carácter. Era un puma alegre. Tenía veinticinco años y era ya veterano de la guerra. Manejaba las armas con singular maestría.

Kusipuma, en la fiesta de Kollkampata, conoció a la hermosa Koillur. ¿Qué sortilegio había empleado esa mujer para enloquecerle de pasión?

Desde esa hora de la tarde en que la vió dorada por el resplandor solar, su imagen ocupaba por entero su memoria.

Kusipuma dirigióse una tarde al barrio de los Kollawas en busca de Mama Achila, famosa hechicera.

La encontró en su cabaña de Kanchipata. Era una vieja de noventa años, encorvada, terrosa, como una raíz centenaria. Dialogaron.

—Mama Achila, Inti sea contigo.

—Wawa, qué quieres de mí?

—Quiero que mitigues mi dolor.

—¿Una mujer te hace sufrir?

—Si.

—Pero esa mujer quiere a otro.

—¡Qué dices, Mama?

—Hay un hombre en tu camino.

—¿Quién! ¿No sabes que mi padre es el segundo capitán del Inka? ¿Quién es el atrevido?

—Es un noble, tan poderoso como tú.

Kusipuma, iracundo, alejóse. Bajó por los escalones de Tokokachi hacia Chok'echaka. Pasó por Pumakurku. Torció por el andén de Wainapata, y frente a Kasana hablóle Inka Titu, su hermano.

—He visto a Koillur.... díjole sonriente.

¿Dónde?—preguntó ansioso, Kusipuma.

—En la fuente de Parawaisu.

Kusipuma se encaminó apresurado por Tejsekocha, bordeando el Gran Estanque. Subió por Chokopata hasta el florido andén de Sapi.

Cerca al manantial estaban varias jóvenes conversando regocijadamente. Sus cristalinas carcajadas se percibían desde lejos.

Koillur dominaba el grupo. Esbelta, decidora y alegre; era la estatua de la Juventud.

La presencia de Kusipuma fué saludada con risas y aplausos por la femenil reunión.

—Bellas mías, ¿qué hacéis por aquí?, díjolas Kusipuma.

—Charlamos de tus hazañas, respondió Kenti, la hermosa hija de Wallpa Túpaj, consejero del Inka.

—De qué hazañas hablais?—preguntó Kusipuma, clavando la mirada en Koillur.

—¿De qué hazañas habemos de hablar sino de las que se celebran en la Corte, de aquellas que realizastes frente al Auka, en la última campaña?—respondió Kenti

—De tu valor incomparable—dijo Koillur, con voz ligeramente temblorosa.

—Oh, bella Koillur, ¿hablas tú de mi valor cuando bien sabes que estoy rendido?... replicó Kusipuma.

—¿Ante quién puedes rendirte tú, Kusipuma?, interrogó maliciosa Pillku, la más joven princesa del aillu de Uskamaita.

—¿Tú, guerrero invencible que has destrozado al Kolla?, reforzó Kenti.

—Los guerreros somos muy débiles, muy blandos de corazón....

— Vaya, vaya—interrumpió Mama Warku, hasta entonces silenciosa—estás hoy de buen humor, Kusipuma.

Las muchachas corearon burlonamente:

“puma, Kusi puma
pumaj kusikusillu”.
(Kusipuma, alegre león,
del león. alegre mono).

Y se alejaron entonando aires primaverales hacia el segundo andén. Kusipuma iba tras ellas, meditabundo.

El grupo juvenil tomó la senda que conduce a Kasana. Llevaban ramos de pollicromia encantadora; eran flores del jardín de Sapi, las más delicadas y odoríferas. Al pasar por el Gran Estanque, sus siluetas reflejéronse temblorosas en las

aguas tranquilas. Las **wallatas** saludaron su paso con gritos estridentes.

Kusipuma despidióse y ascendió por la calle escalonada que baja de Kollkampa-ta. De lo alto se puso a contemplar la ciudad. Cuatro mujeres entraban en Kasana. Eran Koillur, Kenti, Pillko y Mama War-ku.

Un hombre estaba a la puerta. ¿Quién era él? Kusipuma no podía reconocerle. Ese hombre había saludado particularmente a Koillur.

¿Sería el rival, el atrevido que se ponía a cruzarle el paso?

Kusipuma bajó rápidamente. En pocos minutos estaba en la terraza ancha desde la que se distinguía el barrio del Aillu Real.

En una de las callejas, se habían encontrado Koillur y Paukar, que no era otro el hombre a quien había visto Kusipuma. Conversaban quedamente. Era el idilio.



III

Los Tarpuntai se preparaban para la gran fiesta del Puma.

El adoratorio lucía primorosos adornos. Ofrendas cuantiosísimas. Cubrían la roca los más finos tejidos. Sobre el fondo pajizo de la vicuña, resaltaban multicolores como el **Kulchi**, los dibujos y motivos ornamentales. El Gran Puma de piedra que está a la puerta del Santuario alzabase lleno de magestad, casi divino.

Al despuntar el alba, se encaminó el Inka hacia la colina oriental donde se adora al Puma sagrado, progenitor del Imperio.

Entonada la oración al Sol, comenzaron los sacrificios. Sobre el ara frontaliza al Gran Puma, degollóse la llama negra. El Sumo Sacerdote abrióle el abdomen extrayendo la entraña viva. La ofrenda había sido propicia.

La multitud que acampara a veinte varas del adoratorio, en la extensión de varias cuadras a la redonda, prorrumpió en gritos de júbilo. Levantóse el Inka de su asiento, y poniéndose de pié en la parte más dominante del santuario, tomó en sus manos el **Katarl**, lo puso en alto, como ofreciéndolo al Rey de los Astros. Mojó los dedos y, girando a los cuatro costados, hizo el asperges. Acercó los labios al borde del vaso; y enseguida derramó la chicha que contenía sobre el recipiente de piedra, del que partían varios canales en zig-zag que penetraban en la roca hasta el recinto subterráneo, donde dormía el sueño de la muerte el Antepasado venerable.

Terminadas las ceremonias religiosas, el Inka salió del adoratorio, dirigiéndose a la galería exterior del Kenk'o desde donde podía contemplar a la muchedumbre, roja y movediza como un mar de sangre.

Habló con gran solemnidad, en esta forma:

—“Hijos míos, guerreros y agricultores, hombres del culto, yo os bendigo en nombre del Sol nuestro gran Padre, y del Puma el progenitor de nuestra raza, y de **Wari Willka**, nuestro abuelo heróico. Yo os bendigo para que nuestros campos den abundante fruto, para que nuestras armas alcancen siempre el triunfo; yo os bendigo para que seais buenos, abnegados y valientes, para que vuestros hijos nazcan y crezcan robustos y fuertes; yo os bendigo para que nuestros ganados se multipliquen y haya caza en los bosques, y en los lagos y en los rios haya pesca.

Nuestro gran padre el Sol, y el progenitor de nuestra raza el Sagrado Puma, y el Wari heróico, nuestro abuelo, que vive en su casa de piedra, en la oquedad solemne del santuario, me han revelado su deseo, y Apu Ausankati es testigo, de que el dominio de nuestro gobierno se extienda hacia los Yunkas, por las orillas de la Gran Laguna.

Yo os llamo a la guerra, valerosos capitanes, y a todos vosotros os llamo para q' combatáis por el Sol, por el Puma, por el Abuelo heróico, todos, desde vuestro puesto, con las armas y el arado; los unos

marchando en la expedición, los otros arrancando a la tierra el alimento con que aquellos lucharán animosos y fuertes.

Los sacerdotes y las vírgenes, vuestras esposas, vuestras hijas, vuestras madres os coronarán vencedores el día que volváis de los Llanos con la grata noticia de vuestra victoria.

Vuestro Inka os acompañará como padre amoroso. Antes de la nueva luna, estaremos todos juntos”.

Sonaron, en tropel de músicas ensordecedoras, desde el tambor a la corneta y el caracol marino, la flauta de Pan y la flauta kechua, poblando el espacio con el estruendoso rumor de un encuentro guerrero. Las masas rojizas de adorantes comenzaron a moverse como un caudal que se desborda lentamente.

El Inka bajó de su pétreo estrado y, puesto en las andas de oro, retornó a la ciudad en hombros de los fieles Chumpiwillka.

Y tras él, en andas de plata, los Curacas aliados, los parientes, los nobles señores, los grandes capitanes.

En llegando a la gran terraza de Kasana, todos bajaron a descansar en tierra, y comenzó el almuerzo en común, servido cada señor por su señora, el Inka por la

Koya, y el Auki por la Ñusta, sentados cada uno espalda con espalda, y convidándose los unos a los otros. A la hora de las libaciones, levantáronse a su turno los magnates y poderosos, y con un vaso de bebida en cada mano se dirigieron hacia el Inka y le brindaron con el de la derecha, y el Inka bebió de ese vaso y el noble del de la izquierda. Concluído el banquete comenzaron las danzas hasta el declinar de la tarde.

Paukar había estado buscando con la mirada ávidamente a Koillur, quien se hallaba en torno de la Koya con las Ñustas y las Pallas. Era imposible que élla pudiese consolar al amante con una mirada.

La reverencia y religioso respeto debidos a la mujer del Inka le impedían apartar la atención.

Antes del anochecer, el Inka concedió audiencia a Kullunchima, el más grande capitán del Imperio, Kullunchima y Kusipuma estaban juntos.

Kusipuma despidióse de su padre en la puerta del oriente y Kullunchima penetró en el recinto real.

El Inka se hallaba recostado sobre primorosas alfombras de alpaca y vicuña, despojado ya de las insignias del poder.

Cubría el espacio la crepuscular penumbra.

—Entra, buen Kullunchima—díjole el Inka al verle inclinado y adorante, los brazos tendidos y cabizbajo.

El general rindió nuevos homenajes al Jefe de los Jefes y puesto de pié en su presencia, agradeció el honor de ser recibido.

—Habla—le insinuó el Rey.

Y Kullunchima comenzó a decir:

¡—Gran Señor Nuestro, bien conoces la devoción que yo y los míos tuviéramos siempre por tu Real Casa; mis antepasados fueron aliados de tu Aillu y contribuyeron a acrecentar los dominios del Imperio y tu propia grandeza. Mi madre fué tía vuestra. Vínculos de sangre unen tu Aillu y el de mi origen. Los Rauraj fuimos, bien lo sabes, de los primeros señores del Kosko.

—Y qué deseas?, le interrumpió el Inka, demostrando cierta impaciencia.

—Señor Unico, para mí nada he de pedirte. Soy viejo y ya pronto habré de retirarme como nuevo poblador de Upamarka. Es para Kusipuma, tu fiel soldado, el joven valeroso que mató de su mano veinte Kollas, que ruego a tu Realeza le concedas una gracia.

—¿Qué gracia quieres para él?—preguntó el Inka.

—Kusipuma parte a la guerra; irá al frente de la Waranka de los Rauraj nobles. Antes de marcharse quiere obtener de tí le des por mujer a Koillur....

—¿A Koillur?, preguntó el Inka, sorprendido y contrariado.

—Si, Inka, es la elegida de su amor—respondióle Kullunchima.

—Imposible, dijo el Inka, con voz grave.

Kullunchima, estupefacto ante la inesperada negativa del Rey, quedó silencioso.

Wallpa Tupaj, padre de Paukar, había-le hecho ya tal petición. Pero el Inka no había accedido aún.

¿Era quizá Koillur destinada a escogida del Sol o del Inka?

Se iba a retirar Kullunchima, en vista del mutismo en que se encerraba el Señor; pero éste, repentinamente, contúvole con el ademán, y dijo, con voz profunda, llena de magestad:

—Kullunchima, tú eres propicio a los ojos del Sol mi padre. Koillur que me ha sido también solicitada por el sabio Wallpa Tupaj, para Paukar, su joven hijo, será premio de guerra. Kusipuma y Paukar

se la disputarán por la más grande acción que realicen y que pueda significar verdadera gloria para mí. Entonces Kullunchima respondió:

—Alabo tu sabiduría, oh Inka: el Sol proteja al Imperio.

Y salió Kullunchima del palacio cuando ya la noche había inundado la ciudad.



IV

Era el **Wañu**.

Diez mil hombres ocupaban Waillapampa. Acababan de ser revistados por el Inka. Animosos y felices de salir a la lucha, aprestábanse a partir.

Kusipuma, vestido con sus bélicas galas, poníase a la cabeza de los Rauraj; y Paukar, era jefe de la Waranka Uskamaita.

Koillur había llorado la partida de Paukar, de quien se despidiera cerca al Gran Estanque una triste y lluviosa tarde, en la que el cielo decía de todos los dolores y la tierra de las más hondas melancolías.

Koillur, Koillur—murmuraba tiernamente el joven filósofo—si la muerte me separa de tí, marcharé contento a Upamarka, porque estoy seguro que tú me seguirás. . . .

—Paukar—le había contestado entre sollozos la bellísima Ñusta—si tú mueres en la guerra, júrame que has de venir con tus armas y vestiduras a emprender conmigo el viaje postrero.

Y ambos juraron por el Apu Ausankati, que brillaba en oriente a los primeros rayos del Sol y a través de la lluvia.

Habían pasado seis lunas y los correos del rey sólo buenas nuevas traían. En todas partes la expedición guerrera era recibida con sumiso acatamiento.

A la última luna se supo que unas gentes fieras e indomables habían resistido.

El Kipus decía que los conquistadores acababan de sufrir grandes bajas.

Una profunda alarma recorrió como ensalmo trágico, el barrio de Uskamaita. Y Koillur pensó que quizá estaría próximo su viaje en la dulce compañía de su amante; y no supo si llorar o alegrarse.

Todas las fiestas del año, en su rotación solemne, habían pasado. Otra vez, catorce príncipes de la sangre imperial. al son de alegres músicas, maneja-

ban los arados de oro; se abría la tierra en surcos húmedos sobre los que pronto había de caer la semilla.

Y otra vez, como doce lunas antes, estaba allí el Inka impasible como un dios, con sus ojos de ágata, brillantes, como aceros en justa.

Al vencer la tarde, el arrebol cubría el cielo, y el Apu Ausankati recortaba su silueta en el fondo sanguíneo empapando sus niveas aristas en la púrpura ambiente. Wallpa Tupaj, astrólogo y filósofo de Uskamaita, se hallaba cerca del Inka, quien al verle silencioso y contemplativo, le habló de esta manera:

—Dime, buen Wallpa, si has leído en el kipus celeste la mala ventura, o si por lo contrario, has descifrado en sus nudos brillantes el dichoso destino de nuestras armas imperiales.

—Señor y Jefe nuestro—respondióle Wallpa—mis ojos han visto representarse en el Ankash los diferentes grandiosos episodios de la guerra que por nuestro Gran Padre el Sol llevan adelante los capitanes del Imperio.

—¿Y qué has visto, Wallpa?

—Señor y Unico jefe: en la región inferaz y hostil de los Llanos han muerto muchos de tus soldados. Y cerca de esa gran

Laguna que está a las orillas de este desierto han desesperado de sed. Un calor asfixiante que brotaba como hálito de muerte de las entrañas de la tierra ha destruído la virilidad de los jóvenes guerreadores. La caravana conquistadora atraviesa la pampa arenosa y va dejando en su camino la marca de su paso con los huesos de sus hombres y sus llamas.

—¿Y han muerto muchos?

—Muchos, señor y vástago del Sol: muchos, por desgracia, han rendido la vida por falta de agua y a la vista de la Gran Laguna.

—¡Triste suplicio!,—exclamó el Inka, con voz conmovida.

—En medio de ese llano sin árboles, sin sombra, sin vida, han encontrado nuestros soldados un vallecito, y después otro valle, y así hasta diez, como puntos perdidos en la inmensidad de este desierto, descansos providenciales creados por la mano de Pachakámaj, el dios de la tierra fecunda. Estos valles se han formado por el paso de los ríos que bajan de la Sagrada Cordillera.....

—¡Los Aukis y los Apus se han condolido de esa tierra infeliz!

—Illapa les tiene dejados de su protec-

ción. La lluvia jamás refresca esas tierras áridas y quemantes.

—Dime tú, sabio Wallpa, qué interpretación tiene que nuestro padre el Apu Ausankati está como teñido de sangre?

—Oh Inka! Tus ejércitos están fecundando esas tierras de maldición con su propia sangre. Aquellas gentes que vivían entre la inmensidad de la Gran Laguna salobre y del gran desierto insalubre han resistido a tus emisarios, fiera, bravamente. Les han hablado en vano nuestros sabios y sacerdotes de nuestro Gran Padre el Sol, benefactor y protector de nuestras vidas y cultivos. Ellos han blasfemado negando los beneficios del Astro del Día que los infelices consideran su enemigo, pues diariamente les hiere con sus ígneas flechas, seca sus fuentes y sus arroyos, agosta sus campos.....

La repentina aparición de varios Chasquis interrumpieron a Wallpa, quien se apresuró a descifrar el quipus.

—¡Solo señor! Vuestro imperio ha subyugado a las gentes de los llanos. La victoria es completa. Antes de la PURA estarán en la Corte tus soldados y el curaca vencido.

Pronto la noticia llegó a los últimos barrios de la ciudad. Al atardecer, una gran

hoguera en la cumbre de Pijchu y en la cima de Senka propagó la buena nueva a los pueblos remotos.

Koillur, que se hallaba con sus inseparables camaradas Kenti y Pillko en la fuente de la Virgen (Sipas-Pujiu) recibió el aviso que la henchió de gozo y esperanza.



V

Una tarde, poco antes del crepúsculo, sonaron tambores y clarines.

El Inka y su corte se hallaban ya en lo alto de Karmenka. La muchedumbre desparramada, ascendía las colinas occidentales rumbo a la meseta. Las vestiduras, ricas en metálicos adornos, brillaban deslumbrantes. Las áureas y argentinas literas del Gran Señor y de los pequeños señores ofrecían al Sol sus pulidas superficies.

La expedición guerrera volvía por el

camino de Chinchaisuyo. Los grandes generales Kapaj Yupanki y Kullunchima, a la cabeza, Y en su hamaca, recostado, medio a medio del ejército, el régulo vencido, rodeado de sus principales.

Entraron por la gran cuesta, desde la cual saludaron a la Ciudad Sagrada, con cánticos e himnos guerreros.

La estupenda comitiva penetró en las calles del Cuzco, dirigiéndose hacia Korikancha.

En la inmensa plaza de Wakaipata la muchedumbre desembocó como avenida de aguas turbias y rojizas, bajando enseguida a la gran terraza que separa el Barrio del Sol del río **Purlwalla**.

El Inka, los nobles, los jefes guerreros, entraron en la terraza superior por la calle que separa Ajllawasi de Amarukancha.

Detuviéronse en **Intipampa**, donde se descalzaron, ingresando los primeros el Inka y el Sacerdote Supremo.

Se sacrificaron cien llamas y una alpaca negra, adornada de cintas de todos los colores.

En la noche, todas las cumbres aparecieron encendidas de grandes fogatas que

iluminaron la ciudad con sangrientos fulgores.

En Kasana el Inka tenía en su torno a los grandes generales. Después del refrigerio, comenzó el relato de la expedición por Kápaj Yupanki.

—En aquellas tierras infecundas— comenzó a decir—las gentes que viven son inferiores a las nuestras; no trabajan los hombres, holgazanes y soberbios; arrastran su existencia entre placeres monstruosos y vicios increíbles; no van nunca a pie sino en hamacas; las mujeres laboran la tierra poca y pobrísima que se aprovecha a las orillas de los pequeños ríos.

—¿Y cómo resistieron siendo tan cobardes?— interrumpió el Inka.

—Señor: esas gentes son fieras y bravas cuando de su independencia se trata. Luchan como mujeres, desesperadamente.

Y prosiguió su relato.

El Inka hizo después comparecer a los dos jóvenes capitanes Paukar y Kusipuma.

Ambos saludaron al rei con decorosa humildad, permaneciendo inclinados an-

te él. Los generales, de pié, hacían círculo.

—Habla tú, hijo del bravo Kullunchima—dijo el Inka—¿Qué hiciste por la gloria del Imperio?.

—Oh Inka y señor de nuestra raza:—contestó Kusipuma—yo, tu vasallo, maté de mi mano y arranqué la entraña aun viva del principal guerrero de los Chimus. Sus soldados huyeron presas de terror. Otro día, cogí a la hija del curaca y en su presencia la inmolé al Sol, destruyendo su virginidad.

Calló Kusipuma y preguntó entonces el Inka:

—Y tú, Paukar, predilecto vástago del sabio Wallpa Túpaj ¿que ofreciste en honor y grandeza de mi Imperio?

—Yo, señor y jefe eminentísimo—dijo con voz firme—no maté. ni violé, ni destruí nada en tu nombre.

—¿Qué hiciste, pues!, replicó el Inka, algo inmutado,

—Oh Inka, hijo del Sol, esas gentes del Llano mueren de sed, esas tierras secas como los pechos de vieja centenaria jamás reciben el líquido que las fecunde. Cerca a la cordillera hallé una

fuelle—a la que puse por nombre Koi-llurpucjiu,—construí un gran canal y antes de la luna nueva, las pobres gentes y las tierras sedientas vieron maravilladas llegar el agua salvadora. Ese día el Sol nuestro padre, fué su dios, y tú, oh Inka, su solo señor.

El Inka habló entonces:

—Noble hijo de Wallpa Tupaj, tu acción enorgullece a nuestra raza, agrada al Sol, nuestro padre, creador de la vida: tú eres el símbolo del nuevo Imperio, civilizador por excelencia. Digna es de tí la Estrella, tierna florecilla de los cielos. Tómalala por mujer, en nombre del Sol. Y fecúndala con tu savia generosa para gloria de tu Aillu.

—Y tú, Kusipuma, bravo y cruel como los antiguos conquistadores que fundaron nuestro pueblo, no está bien que premie tu hazaña con una delicada flor. Eres Puma. Vé a los Antis como primer general, lucha allí con la ferocidad de los hombres y las bestias y la inclemencia de la tierra. Tú serás un día el Fuerte, el Dominador. Mi padre el Sol quiere que no pierdas tu energía en amorosas empresas. Lucha y vence. Tu amada es la guerra. Despósate con ella.....

La luna se perdía detrás de Pijchu. Un grave silencio brotaba de los recintos de piedra. Kusipuma, sombrío, pensaba en su destino.

A las primeras claridades de la aurora, cuando el Sol encendía en grana los cielos, Kusipuma determinó su suerte. Conquistaría a los **Antis**.



ARS INKA

1924



ARS INKA

La cordillera creó la cultura

Como el Nilo hace el Egipto, la cordillera andina ha creado la cultura inkaica. El ambiente de nuestro arte lo forma la variedad telúrica del Ande. Desde la cumbre, coronada de perpetuas nieves, hasta el bajío profundo como un tajo, van sucediéndose las tierras de pastoreo y de labranza, con su paralela graduación de climas. En la meseta frígida, la vegetación se reduce al mínimo: estepas inmensurables son sólo habitadas de tímidas auquénias. Las tempestades rompen su silencio, y la llanura vive del eco de su estruendo. Es la más sombría de las noches

la noche del altiplano. El silbido del viento corta, como un filudo alfanje, la quietud de las sombras. De la hórrida tiniebla calofriante, como del seno del caos, emergen los malos espíritus. Y el pastor andino—el Kolla—perfilase torvo, desconfiado, trasuntando en su música la tragedia de sus noches...

Culto de las Cumbres

Más arriba del pastizal, sólo viven los dioses. El Apu, el Auki. En la cima perínclita está la Casa del sol. El sol llega a su fantástico palacio de muros de cristal y, antes de penetrar en él, anega los cielos de la púrpura de su luz, en la actitud de un sereno receloso que escruta el mundo, lanzándole, en plena faz, su última lamparada... El Apu Sallkantai, padre y señor de las montañas, con su encumbramiento de 18,000 pies sobre el nivel del mar, es el genio del andinismo. Nadie llegó hasta él, le aísla del comercio de los hombres y los dioses, su tonante soberbia. Ruge en su torno la tempestad, revuelan a sus pies los raudos cóndores, nautas del espacio, y por los flancos de la montaña el alud se precipita en truculencias imponentes.

La religión de los antiguos Incas era, sobre todo, culto de las cumbres. Nevados, glaciares, torrenteras de hielo infranqueaban la morada de sus divinidades supremas.

Las regiones

De ambos costados del macizo andino arrancan innúmeros contrafuertes que, al juntarse o separarse, van formando los valles. Si descendemos hacia el levante, se ofrece primero el panorama de la serranía, laberinto inextricable de pequeños valles fértiles: después, al concluir los riscos, se abre la montaña, el trópico, la selva, anchas planicies ubérrimas, boscosas esplanadas de vegetación hiperbólica. Si bajamos por occidente, el espectáculo será bien distinto. A medida de acercarnos a la mar, la tierra irá despojándose de su verdor, para lucir impúdica sus desnudas arideces. La costa del litoral es una dantesca desolación de quemantes arenas, cuya uniformidad sólo interrumpen, de rato en rato, débiles arroyos, cuyas aguas se insumen o vaporizan mucho antes de tributarlas al gran mar.

El germen

¿Dónde aclimataría el hombre, esta obra de la Divinidad que es cerámica en el génesis y es paleolítica en la antropogonía inkaica, puesto que Dios, según la Biblia, lo creó de barro vil, y Wirakocha, según la vieja leyenda keswa, lo hizo de perenne granito? No en la selva, criadero, parque de los saurios prediluvianos. No en la costa, disputada aún

por las salobres aguas de los mares. No en las cumbres, reservadas a los dioses, defendidas por el rayo. El germen de la humanidad y de la civilización se desarrolló y conservó en el valle templado de la serranía del Perú.

Telurismo

La cultura inkaica, creación andina, es un fruto del valle templado. Keswa significa quebrada, y quebrada llamamos en el Perú al pequeño valle de temperatura primaveral. Fueron los inkas keswas puros: en Tiawanaku y en el Cuzco, a través de tres mil años, crearon dos civilizaciones portentosas, que son, y cada día en mayor grado, pasmo de las gentes. Fueron los keswas los grandes civilizadores de América.

Los mismos inkas hicieron la nomenclatura de los demás pueblos, imponiéndose en gran parte sus designaciones a base de una clasificación climatológica. Keswas, kollas, yunkas, antis, representan cuatro tipos.

Son los antis tribus salvajes de la selva, cazadores y pescadores, rehacios a toda humanización de la vida. Los kollas, bravos guerreros del altiplano, pastores, iban acercándose a la modalidad keswa. Por enérgicos

métodos, los inkas se proponen desbarbarizarlos, dulcificarlos: eran y siguen siendo aún demasiado ásperos y rudos. Las conquistas de los emperadores del Cuzco cumplían una misión providencial, al traer a la comunidad de la cultura a las dispersas tribus.

Estética Inconfundible

Es el espíritu inkaico un espíritu de selección. Puede sorprender a quienes sólo encuentran refinamiento en los hombres del ciclo versallesco de Francia o en las caducas cortes orientales, esta afirmación. Dentro de la aparente simplicidad del arte cuzqueño, los diestros *gourmets* podrán advertir un sabor agridulce que sólo dejan en el paladar los manjares sabiamente preparados. No hay una nota, un color, un motivo ornamental que escapen a la demostración de que los artistas keswas fueron verdaderos creadores de una manera estética inconfundible, que acusa un largo proceso de decantación y alquitaramiento, así como una originalidad irreductible. Por eso, para comprenderlo, hay que despojarse mucho de nuestros hábitos de adecuación y nuestros métodos de juicio.

El Mundo circundante

En este ambiente primaveral de las praderas de Cuzco, de las vegas urubambinas, de

los jardines colgantes de Yucai, de los cantarinos arroyos de Calca, de las espejeantes lagunas de Waipu y Chíncheros, de las florestas de Urquillos, de los maizales de Huailabamba, de los umbrosos rincones de Quispicanchi, se producían con espontaneidad las más exquisitas obras que pueden salir de las diestras manos del más delicado artífice; flores odoríferas, de multicromías deleitantes: el kantut, el ñujchu, el amankai; pájaros de iridescencias fantásticas como el kori-kenti, o el picaflor de oro, como el kausarka, tan grande cual una avispa, como la urpi de todas las amorosas canciones, símbolo de la fidelidad y la ternura: animales como la wikuña, de dorados vellones y ojos de obsidiana, como la chinchilla de finísima piel, como la wiskacha más ágil que la liebre, como el llama, femenino y señorial, grandes decorativos de los collados y las cresterías soleados.

Introspección

El paisaje interior era el mismo. En estas almas cabía mucha bondad. No las torturaba ningún mal pensamiento. Ni la incertidumbre del más allá, ni el aguijón del interés, ni el hastío de los placeres inconfesables, ni el ácido mordiente de la miseria. Porque ellos tenían una alegre confianza en sí mis-

mos, y un optimista mirar sobre todas las cosas. No supieron distinguir entre esta u otra vida: ignoraban de sanciones ultraterrestres. Ni tenían para ellos sentido esas palabras que son toda la pesadilla de nuestro siglo: ricos y pobres.

Música

La música inkaica es la más triste y la más alegre de las músicas del tiempo prehistórico. Las lamentaciones por el amor contrariado no llegan a la desesperación y el suicidio. En la vida no todo es dolor: bien pronto se da cuenta el poeta, en la anegación de su pena, que el panorama del mundo es tan vasto: y tan verdes los campos y tan consolador el cielo, que por doquiera se brinda el placer. A la noche sigue la aurora: a la tempestad, el céfiro y la brisa: al cantar empapado en lágrimas, la danza del júbilo, la kaswa.

No es una sola modalidad el jarawe quejumbroso y melancólico. El estado de espíritu de estos felices labriegos para quienes la comunidad agraria era una verificación real de ensueños paradisiacos, no podía ser sino de virgiliana quietud, de eclógica tranquilidad, raramente interrumpida por bélicas fanfarrias. Lo apolíneo es el marco de la vida cotidiana. Es en las grandes efemérides, en los Raymis, que se desbocan los genios jo-

cundos y se abren las compuertas del gozo popular, inundándose el ambiente del diluvio musical de la kaswa.

Erótica India

Y cantaban el amor. Porque tenían el culto de la mujer. La mujer no era entre ellos como la esclava del gineceo, ni como estotra manera de esclava que en los pueblos archicultos viste su aparente alegría con tules y sedas. La mujer, en esos dorados tiempos que evocamos, no ocupaba un sitio de excepción, ni tan alto ni tan bajo. Estaba al mismo nivel que su natural compañero. En las faenas del campo, en el cuidado de los animales, en la atención del hogar, tenía su puesto. Silenciosa o alegre, su actividad es de todos los instantes. Mientras hace su camino por la florida senda que la conduce a la casita o al campo de labranza, la rueca va moviéndose ligerita en sus manos: hila, hila, hila, por llanadas y ribazos, canturreando. Cuán amable es la mujer en el paisaje andino.

El hombre la respeta. Nunca manchó su canción con la torpe sugerencia. Espiritualiza su amor hasta hacerle perder su origen físico. Tomemos al azar cualquier cantable. Por ejemplo este de *Las tejedoras*. Dice así:

“Ya amaneció. La luz se ha esparcido en el cielo y en la tierra. Debe estar contento el Creador. Debería estar contento yo: pero quebrantado tengo el corazón: una tristeza tan grande, ay! . . . bebo mis lágrimas al recordar las penas de mi vida. Perdí a mi amada, y no la puedo encontrar: buscándola estoy tantos días: por su nombre la llamo y nadie me contesta. Es en vano que camine por cumbres y quebradas, por ríos y laderas. ¿Dónde estará, irisado picaflor que vas volando por los cielos con tus alas de oro?; abre ya tu corazón, puedes acaso traer en él oculta a mi amada. Oh, mujer, día aciago en que te conocí y te amé: desde entonces, desde entonces, cual un ebrio camino y camino tambaleándome, como dando vueltas en tenebrosa noche”.

Toda la producción erótica del inkano está impregnada de una honda melancolía. En Suriy-Surita, otro cantar pastoril, se subraya lo que de fatalidad tiene el amor:

A mi corazón le ordeno
que no ame;
y el pobrecillo contesta
que no puede.

Los cantares de amor ocupan primer lugar en la folk-lore indígena. ¿Por qué, desde el tiempo remoto, se han conservado mejor

estos ayes del alma? ¿Será porque praderas, vallecitos y pastizales guardan mezclando su perfume con el achankaray y la pallcha? Será porque el indio es, por debajo de su bronceína armadura de indiferente o hierático, un gran amoroso? El cordaje sentimental vibra cuando estos aires antiguos pasan por él, y la melodía que se produce nos adolora tan adentro que parece reunirse en un minuto todo el sufrir de tantos siglos de la pobre raza vencida...

Las otras bellezas

Han cantado también las otras bellezas del mundo. El agua, la brisa, el follaje, las flores, la montaña, las nubes, la lluvia, las cumbres, la nieve, los ríos, los lagos, la tierra, la luna, las estrellas, la noche, el sol.

En su panteísmo naturalista apenas si hay cosas feas o despreciables.

Todo se ennoblece ante sus ojos de grandes comprensivos. No fué, para ellos, el universo, campo de lucha de fuerzas trascendentes. No inventaron una filosofía desorbitada. Se mantuvieron hombres sin aspirar a ser dioses. Quizá por ello carecieron las creencias inkaicas de un genio del mal. Supai, su diablillo, no es ni con mucho un Satán. En sus himnos religiosos percíbese íntegra el alma de este pue-

blo a quien no sobresaltó el temor de lo desconocido. Su estoicismo, flor altísima de humana cultura, se transparenta en todos los actos y en todas las expresiones de su vida. Recordad estos versos que popularizó Markham, el fervoroso peruanista británico:

Nací como una flor de la campiña;
como una flor mimaron mi niñez,
Llegué a la madurez, me volvi viejo:
Marchito estoy, y al fin desaparezco.

¿Qué valen todas las lamentaciones y los gritos de rabia y de despecho que han lanzado los hombres de todas las culturas, frente al misterio de la muerte, comparados con estos versos de suprema serenidad?

Toda la vida inkaica discurrió como entre dos riberas de purísimo arte. La actividad estética no era nada distinto o discernible de la actividad humana en general. No había especializaciones ni encasillados. Como el aire la música formaba la atmósfera del pueblo tawantinsuyu. Hombres, mujeres, ancianos y niños, guerreros, sacerdotes, labradores, gentes de la nobleza, el propio inka, cantaban y danzaban en la unimismación del júbilo, en la armonía del esfuerzo cotidiano, en la solemnidad del rito. Mientras iban levantándose, como por arte de magia, las for-

tal vez y los templos gigantescos del Cuzco, los halagos de la música suprimían la fatiga y el cansancio. Millares de hombres transportaban jadeantes, sudorosos, los enormes monolitos. Si según la bíblica leyenda, al vibrar de las trompetas fueron derribadas las murallas de Jericó, sabed que las del Cuzco se erigieron al son de una música de eternidad que el granito guarda en sus entrañas como el germen de un futuro himno de victoria.

Util y Bello

El trabajo no era una maldición. En el taller y sobre el surco, todo está saturado de bienestar y contentamiento. No agobia el esfuerzo. De las manos del cerámico sale, como una creación, el ánfora esbelta, de femeninas turgencias. El oro conviértese en delgadísimas láminas que van a ornamentar la Casa del Sol. Como urdimbre de hilos de luna se va formando la tela maravillosa. La dorada mazorca, el fruto tierno, son las primicias puestas en el altar del muerto. Entre cantos de aurora e himnos de atardecer, entre agudas exclamaciones de triunfo y adalcoradas endechas, transcurre el día. Mucha luz de los cielos, perfumadas brisas, frecuente escanciar del áureo licor, perspectivas ilimitadas enmarcan el trabajo, limpiándolo de toda sombra de desplacer.

El misterio revelado

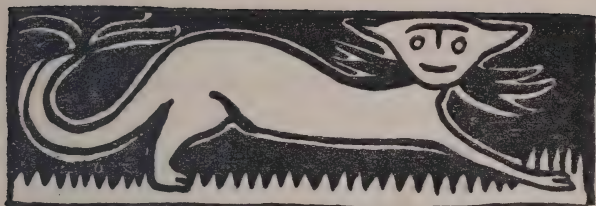
El arte inkaico mejor que todos los eruditos, mejor que toda la ciencia arqueológica, nos revela el Imponderable, el Inabismable, que es el espíritu de las civilizaciones desaparecidas.

El alma de las razas exiladas del presente puede despertar de su encantamiento al conjuro de su propia voz, capturada en las quejumbres o en las algarabías de su música.

Como notas desprendidas de una orquesta invisible, llegan hasta nosotros las voces del pasado: guiándonos por ellas, es posible descubrir el camino seguro.



GLOSARIO



GLOSARIO

La antehistoria de la raza

A lo confuso y vago del conocimiento inicial de la sociedad precolombiana, ha seguido una más firme aprehensión de las remotas realidades.

Sabemos mejor que los cronistas que no sólo el Imperio Inkaico ocupó con sus hechos la vasta época de que dan testimonio los monumentos y las reliquias arqueológicas; porque son cada vez más numerosos los indicios que nos hacen sostener, sin temor a precipitaciones, que el Perú fué teatro de variadas formas de la cultura humana; que en largos ciclos de desarrollo, se su-

cedieron unos pueblos a otros en el poderío y la grandeza; que hubo ocasos y renacimientos, invasiones, conquistas, guerras de supremacía; que nacieron y murieron las civilizaciones, marcando imborrablemente su trayectoria; que hubo diversidad de tipos antropológicos y etnográficos, de lengua y religiones, de costumbres y de hábitos; que el Perú, en fin, era el punto de convergencia de todas las razas, al mismo tiempo que es el campo de separación a causa de sus accidentes telúricos.

Una mirada panorámica de la multitud de grupos convivientes podría darnos la impresión de lo disperso, desemejante e inarmónico; un juicio precipitado haríanos pensar en la fragmentación indefinida de la especie en razas de caracteres opuestos; el Perú resultaría así un pueblo caótico.

Pero no es sino apariencia la irreductible heterogeneidad. La investigación detenida encuentra los lineamientos esenciales de un vigoroso organismo colectivo, los fundamentos de una hipótesis monogenista.

Agrarismo

Como desaparecen las anfractuosidades del terreno á medida que se eleva el observador, así se esfuman también las diferencias reputadas como cardinales. Y los grupos que

podían encasillarse en férrea clasificación, desdibujan sus linderos para confundirse en un solo vasto cuerpo.

En la costa y en la sierra, el máximo de población se desparrama por los contrafuertes de la cordillera, y por las estrechas fajas de tierras vegetales alimentadas por las aguas que bajan de la vertiente andina: todos estos grupos más o menos densos, cohabitan en vallecitos enclavados en los repliegues del Ande; son pequeñas comunidades de campesinos que laboran fraternalmente, recogiendo los frutos en un depósito público y repartiéndolos conforme a sus necesidades; que construyen sus moradas en ribazos y collados; que obedecen a un jefe doméstico, director religioso y capitán guerrero, al mismo tiempo.

Les liga una concepción común de la vida. Son labradores: el agrarismo absorbe todas sus actividades e impregna su existencia de este amor a la tierra que arraiga al hombre en una comarca y lo vincula, con fuertes lazos de sociabilidad cósmica, a cuanto forma su ambiente.

Estas agrupaciones sedentarias o poco trashumantes crean la civilización. El hombre y la sociedad en el Perú se desarrollan al aire libre; la cultura nació en el campo. En este caso, rusticidad no corresponde a su sinónimo español de incultura o grosería.

Los Inkas

A estas comunidades de labriegos pertenecían los fundadores del Imperio del Cuzco. El mito de sus orígenes comprueba su ruralismo.

Manko Kapaj y Mama Ojlo educan a sus gentes en faenas campesinas, los hermanos Ayar simbolizan el advenimiento de nuevos productos que vienen a enriquecer la alimentación usual.

Los Inkas poseedores de una milenaria tradición, como brotes nuevos de la antiquísima raza keswa, realizan un mandato providencial; son el pueblo escogido para presidir el renacimiento de un grupo étnico que sufrió eclipse de siglos, quien sabe por dislocamiento geológico o por catástrofe social.

Ellos fundaron el Tawantinsuyu como una sociedad modelo de comunismo; desarrollaron y perfeccionaron las capacidades hereditarias, elevando a su pueblo al pináculo de las culturas originales.

Fueron civilizados y civilizadores en la medida que pueden serlo quienes inventaron los múltiples medios de dominar a la naturaleza y de extender el bienestar al mayor número. Tuvieron capacidad para absorber en su or-

ganización a agregados disimiles y aún opuestos, imponiendo por doquiera el triunfante arquetipo de una esencial cultura agraria.

Dentro de la impresión del tiempo antecolombino, el Inkario surge como un sol deslumbrador que reduce a la sombra a todas las demás culturas.

Hacer un examen de la sociedad peruana de esa época equivale, pues, a la revelación de las peculiaridades psicológicas de nuestra nacionalidad; desentrañar el sentido de la vida inkaica es descubrir la gran verdad que desconocemos.

Disipación de errores

La historia y las crónicas coloniales han menester de exégesis a base de las investigaciones del arqueólogo y el etnólogo.

Un trabajo de comprobación y rectificación de las aserciones de los narradores e informistas españoles es fundamental para penetrar en la edad perecolombina del Perú. La vida inkaica ha padecido un secular proceso de falseamiento. En el primer instante, se dió asenso pleno a todas las noticias contenidas en los infolios; después vino la antítesis; se llamó patraña a cuanto relataban Garcilaso, Cieza de León y los más veraces relacionistas. En nuestro tiempo po-

demos discernir la proporción de verdad que hay en cada historiador.

Sensiblemente han ido disipándose cardinales errores: ya ningún conocedor de nuestra prehistoria sostiene que Pachakamaj es el Dios espiritual de que hablaban con uncioso convencimiento los más graves cronistas; ni se confunde al Inka con un Emperador a la manera europea del siglo XVI, ni se parodia a la simplista asociación aborígen con la sociedad medioeval de que fueran gonfalones los heroicos aventureros de la colonia.

Un concepto más seguro

Gracias, sobre todo, a la contribución de las investigaciones etnográficas acerca de la naturaleza y el proceso evolutivo de los *Ayllus*, poseemos un concepto más seguro de la vida bajo el inkario. La mónada social que hemos analizado en otro libro contiene todos los elementos vitales que alimentaron aquella antigua y admirable asociación que se conoce en la historia bajo el sugestivo nombre de Imperio del Sol. Con más ventaja que el paleontólogo que reconstituye toda una edad remota del globo con los miembros fosilizados de la especie zoológica desaparecida, el investigador del Ayllu llega a la sorprendente resurrección de la vida inkaica.

El estudio del clan aborígen arroja un chorro de luz sobre la obscura edad prehistórica.

Unidos los esfuerzos de etnógrafos y arqueólogos, es posible la conquista del reino misterioso de cuyas realidades fantásticas sólo sabíamos por las referencias equivocadas de poco idóneos investigadores.

Sociedad colectivista

La primordial ocupación agraria de los Inkas se traduce en colectivismo como forma característica de asociación; no hay hombre que se baste a sí propio; todos buscan el auxilio de los demás. El héroe robinsoniano es inconcebible en la sociedad inkaica.

Todos los rudos trabajos del campo tienen que ser acometidos en común. Ni el sembrío ni la recolección se hicieron sin el concurso de los dos factores colectivistas: cooperación y solidaridad. Cada componente del grupo social nada valía por sí, sino en tanto constituía guarismo dentro de una comunidad. El individuo carecía de derechos; sólo el grupo era sujeto jurídico.

La rotación de los turnos tomaba como unidades a los clanes, fijando sus deberes en la paz y en la guerra; el Inka mismo lo era.

sobre todo por pertenecer al aillu-jefe; la tribu Maska le daba el privilegio de mandar soberanamente.

Quien podía contar con más hombres que le ayudasen en cultivos y demás labores campestres era llamado Kapaj: rico en hombres, no rico en tierras ni productos. El Kapaj era reverenciado en la paz y temido en la guerra.

El elemento colectivo absorbe por completo la vida inkaica. La sociedad lo es todo: el individuo, nada.

Gobierno paternal

Prósperas comunidades sedentarias, sus jefes se distinguieron por su paternalismo. El Inka no era sino un gran paterfamilias que presidía el banquete doméstico y las fiestas y los actos litúrgicos de su clan escogido y dominador.

Claras tradiciones conservadas en el pueblo, concretas referencias de viejos cronistas comprueban la verdad histórica que nos habla del Inka como del Padre, el Benefactor y el Amparo de sus súbditos. La naturaleza de esta sociedad de campesinos guarda armonía con el carácter paternal del gobierno inkaico. Proveía al bienestar de su pueblo en virtud de su organización colectivista. El jefe del falansterio tiene a los ojos de la mul-

titud todos los aspectos de un dios dispensador de bienes.

El comunismo

El producto arrancado a la tierra con el trabajo de todos no podía ser de nadie en particular. No hay propiedad individual. La tierra pertenece a la asociación. Sin embargo, el individuo está obligado a dos clases de trabajo agrícola; tiene que labrar las parcelas que se le adjudican por el Estado periódicamente y los terrenos privilegiados del Sol y del Inka; en uno y otro esfuerzo cooperan sus cófrades. Cada uno, á más de agricultor, es alfarero, tejedor, fabricante de herramientas o armas. Pero, todos los productos del arte o de la industria se recogen en los depósitos públicos, en kolkas y pirwas, para ser distribuídos “a cada uno según sus necesidades”. Todos los hombres ejercen una función, dentro de la unanimidad del trabajo. Nadie está exceptuado de aplicar su actividad a la producción: mujeres, niños, ancianos, realizan un género de labor proporcional a sus capacidades. El Inka inicia el laboreo de los campos. No se conoce parasitismo, como tampoco proletariado. La comunidad agraria que hallaron los Inkas recibió de ellos elevada

organización que la condujo a su perfeccionamiento.

El Tawantinsuyu consumó la utopía de extender el bienestar al mayor número, suprimiendo las desigualdades de la riqueza.

Culto héllico

El Sol, como padre de todo lo viviente, como un gran director y cabeza de jerarquía en el amoroso cultivo de la tierra, fué adorado por esta asociación de labriegos que se llamó el Imperio de los Inkas. Tránsito naturalísimo de la autoridad que rige las faenas rurales a la jefatura de la asociación total (Hombre y Tierra): en lo religioso. el señor de señores, el primero de los dioses tenía que ser INTI. astro del día, cuyo paso por los cielos va fijando la sucesión de las labores del campo; reloj y calendario, el Sol es el Dios lógico de las agrupaciones rurales.

El agrarismo religioso no puede ser sino culto del Sol.

Arte y ruralismo

El labriego crea la tierra agrícola con el mismo fervor que un dios demiurgo.

El cerámico hace el cacharro como el Crea-

dor a sus criaturas, coge la arcilla, la amasa entre sus dedos y la anima, triunfando el espíritu vital en el ánfora, como supervive el artista en su obra. Alfareros inkaicos que compiten con el que hizo al hombre de un trozo de barro, cómo realizan la armonía de Hombre y Tierra.

Esbeltos ápodos inestables, tienen toda la gracia de flores que, arrancadas de su tallo, han menester de un punto de apoyo.

El arquitecto ha tenido que ser constructor del campo; él ha levantado la maravilla del sistema de terrazas, él cavó las entrañas de la roca para dar paso al agua; como un bíblico Moisés, la hizo brotar en pleno desierto; edificó el granero, la ciudadela y la casa del dios; el arquitecto hizo la ciudad para morada de los escogidos, erigió la habitación sin el espíritu urbano.

La danza compendió su sociomorfismo, Wankas y Kaswas reunían al ayllu entero para celebrar, con el regocijo del ritmo, el triunfo de la cosecha o del combate; solemnes danzas rituales sintetizaban el alma religiosa, alma colectiva por excelencia.

Los cantos líricos estaban impregnados de bucolismo, una brisa campestre agita las almas de amante y amada, como el viente-cillo mañanero hace flamear los dorados penachos del maízal.

El poeta recoge todos sus tropos de las bellezas rurales.

Las leyendas divinizan los productos de la tierra. Entes simbólicos del maíz, de las papas, del ají, de la quinua, representan un drama mitológico en el teatro de la popular fantasía.

El mito de los orígenes arma de una áurea barreta al héroe fundador: allí donde se la hunda—tierra vegetal—deberá fundar su imperio.

El más allá y el alma Inkalca

Habíanse compenetrado tan íntimamente el hombre y la naturaleza que en el cerebro inkaico no tuvo cabida la invención de un mundo invisible.

He aquí la esencial diferencia entre el hombre del Tawantinsuyu y el hombre de Europa que lo avasalló y esclavizó.

El hombre de Europa había heredado la Religión del Más Allá que le hace concebir, como síntesis de la existencia, la conquista de Ultratumba. El hombre de América no se imaginaba que todo lo que hiciese en vida tenía que ser subordinado a ese Otro Mundo de que le hablaban, sin él entenderlo, los sacerdotes y encomenderos.

No tenía sentido en la vida inkaica la palabra Infierno. Era un *flatum vocis* la pala-

bra Diable. Los adocrinantes tradujeron al keswa Ukju-Pacha y Supai; pero Ukju-Pacha no era sino una designación topográfica, y Supai era, mejor que Satán, un geniecillo burlóu, un gnomo inofensivo.

Un pueblo que no vive como de viaje, sino que vive toda su vida y nada más que su vida, sin inquietudes por una sanción ultraterrestre, sin ansiedades por el premio celestial o el castigo del infierno, era un pueblo que poseía un sentimiento de seguridad y de confianza en la vida. De allí su enorme optimismo, su fe en el humano esfuerzo, su alegría de la existencia.

Todas estas virtudes características las fue perdiendo el aborígen, bajo la tiranía de sus distintos amos, a quienes pudo llamar, con propiedad, demonios, una vez que el único infierno que sufrían se llamaba Potosí, Huancavelica, las chacras de coca o los obrajes.

Placidez virgiliana

Un sentimiento de placidez virgiliana asciende de la historia inkaica; vallecitos cultivados, ribazos brillantes de verdor, henchidos graneros, danzas y libaciones: en la pradera, comidas públicas presididas por el Inka, faenas del sembrío, del riego y la recolección, ofrendas de ópimos frutos al Sol pro-

pincuo, cantos, música de flautas y atambores, monorritmo de victoria agreste.

La abundancia de alimentos debió producir un permanente bienestar entre las gentes sencillas y sin inalcanzables aspiraciones que poblaban las pintorescas quebradas de los Andes. Fué el secreto de su densificación.

Las frecuentes fiestas con motivo de sus días magnos religioso-agrarios, tendían a cierto hedonístico aprecio del vivir. Algún excesivo consumo de la bebida castiza dá relieves epicúreos a determinadas manifestaciones de la vida inkaica.

Pero la sensación general es de plácida quietud.

Nostalgia

Ensombreció el límpido cielo del Tawantinsuyu el dolor de los exilados. El sabor de lágrimas de su música es mal de ausencia. Pocos hombres en el planeta en tan íntimo enlace con su tierra que el peruano de las serranías. Salir de los patrios lares no lo imagina. El *mitmaj*, el que iba a colonizar otros países, era arrancado—tal la palabra—de la tierra, como el árbol o la planta. Ayllus enteros del Cuzco marchaban, como en los bíblicos éxodos, a la planicie Titikaka o a los valles costeros, a repoblar tales sitios,

sembrando la simiente de la lealtad al Inka.

Considerar el desgarramiento espiritual de quienes se alejan de por vida del materno claustro: cumbres propicias, cerros amigos, ríos fraternos, campos de cosmogónico desposorio.

Toda la tristeza del cantar inkaico es amargor de alejamiento. Las expediciones de conquista complementaron este forzado ausentismo. La raza había de enfermar de incurable nostalgia.

Voluntad y sentimiento

El tawantinsuyu no es un tipo de inteligencia. Apenas pensaba en las cosas útiles: no lo torturó ninguna inquietud cerebral. Ponía atención en sus obras, pero no meditaba en lo impreciso o incorpóreo que es el tejido de los sueños. Frente a la grandeza del Universo, el hombre de aquel tiempo no adoptó una postura romántica.

Pero tampoco abdicó de su papel de Arquitecto; tenía que vencer los fuertes contrastes que le oponía la naturaleza. Los ríos salidos de madre destruían sus terrazas de cultivo, grandes extensiones carecían de riegos, asediábanle vecinos hostiles, amagos de invasiones salvajes demandaban serias defensas. En esta lucha con fuerzas de varia intensidad debió formarse el carácter vence-

dor del aborígen. Por la magnitud de los frutos podemos inducir el temple de los creadores del Inkanato.

Pero, cabe a la titánica energía, percibimos la fragilidad y delicadeza de un espíritu profundamente enamorado de lo bello.

El aquilino talón del hombre del Inkario es su presteza a la emoción erótica.

Franciscanismo

Vínculo que aprieta en sociedad íntima es este gran amor que por nuestros hermanos menores sentían los súbditos del Inka en mayor escala, es seguro, que los indios de hoy, con ser muy grande el que éstos abrigan por el buey, el perro, el caballo y el asno, amigos más leales y útiles para ellos que el hombre mismo, sobre todo, que el hombre blanco, su amo, es decir, su verdugo.....

El llama es su confidente y conviviente más antiguo. Cuantas veces en el silencio sideral de una abra andina hemos visto aparecer cual de otro mundo, las siluetas de las llamas y del indio como formando un continuo biológico.

En la experiencia de todos los días, en qué frecuentes ocasiones hemos constatado la gran ternura que el indio alimenta por sus animales domésticos, sentimiento que arran-

ca de las entrañas mismas de la raza y que acusa el sobrante de sociabilidad de las asociaciones colectivistas.

El agrarismo inkaico resultaba incompatible con la alimentación carnívora. Si el animal era sacrificado, su victimación obedecía a creencias religiosas que habían sustituido la inmolación humana por la ofrenda zoológica.

Tiempo y espacio

No tuvieron sino un término común para designarlos. *Pacha* es la tierra y la duración. *Tupu* es la unidad de medida para sucesiones y coexistencias.

Tiempo y espacio no eran cosas sustanciales y distintas.

El Agua Sacra

En los santuarios multiplicábanse las piscinas. La ablución era parte del rito. Y como desde un telar de la cumbre, bajaban los hilos de agua por lindos canales de piedra.

El líquido fresco recorría las tumbas mezclando lo vivo a la muerte.

Agua sacra, agua purificadora: por donde la lleva la mano del Inka, es alegría, amor de vivir, dicha del campo.

Corazón

La biología inkaica señaló el corazón como el centro de la vida orgánica.

El recordar, el sentir, el pensar: lo anímico, lo vital, todo, en él radica. Sorprendieron la unidad de la función.

El lenguaje tiene equivalencias originalísimas. En keswa se expresa un dolor físico con palabras iguales a las que significan un pesar muy hondo.

El hombre impiadoso es “rumisonk'o” (corazón de piedra). El amable “se lleva” el corazón de los demás.

Se “pierde el corazón” en el paroxismo o en el desmayo. La inconciencia es prueba de su fuga.

De él carecían el ignorante, el tímido o el idiota. En cambio, eran de gran corazón: el esforzado, el brioso, el cuerdo y el prudente.

En el idioma amoroso, nada de tanta sugerencia que llamar a la mujer: “Sonk'o-rurullay” (Fruta de mi corazón).

Lo “no bueno”

Carece el keswa de la palabra “maldad”.

Sajra es “cosa áspera, incivil, grosera”. Lo exquisito, producto espontáneo de la cultura, es hacer el bien. No hacerlo es dar mues-

tras de barbarie, de alma basta e impulcra. Romper la armonía de las buenas costumbres es incivilidad y aspereza.

Lo “no-bueno” (manan-allin) es la sola expresión del mal. El bien es lo positivo, lo natural y humano.

Hieratismo

Copiaba el Inka el solemne gesto de las montañas jefes. Su rostro jamás sonrió. Esfinges andinas, los señores del Imperio hieratizáronse como expresión cósmica de la grandeza circundante. El Apu era así: uno solo. En el monte nevado y en la majestad del Inka era fácil de reconocer.

Como al Sol, nadie osaba mirarle de frente.

Linaje antiguo

Superficiales observadores de la Sociedad Inkaica, hánla motejado de primitiva: algunos apenas le conceden el calificativo de semi-bárbara.

Pocos siglos habrían trascurrido, según tal criterio, desde la nebulosa antropogénica de la que salió hecho bípedo vertical el habitante de estos cerros y llanadas.

Arqueólogos, etnógrafos, lingüistas, botánicos nos prueban la antítesis. Nuestro lina-

je es tan antiguo que los milenios son unidades para medir el pasado. Para que el maíz y la papa se convirtiesen en productos cultivables y para que el llama fuera domesticado fué preciso que trascurrieran millares de años. Y qué decir de la riqueza idiomática, de la técnica segura, de la estilización artística de la profunda y abundante folk-lore, con la magia curativa que recuerda a los asirio-caldeos.

Nuestra raza confunde su pretérito con los orígenes más remotos de las civilizaciones afro-asiáticas.

Cultura original

El creador de las leyes de la imitación encuentra sólo unas cinco o seis civilizaciones originales en el mundo: entre ellas, menciona la de los Inkas.

Ni griegos, ni romanos, ni caldeos presentan creaciones culturales que no puedan ser arqueológicamente reducidas a sus componentes. En cambio, los peruanos pueden resistir el más severo análisis sin que el químico de las civilizaciones encuentre elementos básicos ajenos a nuestro medio geo-étnico. Solo se hallarán las semejanzas comprobatorias de la unidad de la especie, pero ninguna prueba de los procesos de imitación internacional. Servimos si de modelos a

infinidad de hombres que copiaron nuestras costumbres, artes e instituciones.

Como el arybalo que forja el artífice tomando del suelo la arcilla esencial, así la civilización peruana nace como un fruto espléndido de este consorcio fecundo del hombre y la tierra andina.

Primitivismo y estilización

Poco diestros sociólogos han hallado en la simplicidad inkaica argumentos en contra: basta, rudimentaria o incipiente resulta ser la cultura peruana precolombina. Carece de complejidades, no tiene refinamientos, su colectivismo anula libertad y originalidad: de cuántas cosas más la acusan.

Sin embargo, simplicidad no es primitivismo, suele ser estilización. Sencillez de vuelta, supresión consciente de lo superfluo.

Tal sucede con el arte decorativo de la cultura inkaica; no tiene parangón en la estudiada sencillez de sus motivos.

La vida inkaica tampoco tiene comparación en la estudiada sencillez de sus costumbres.

Cuánto dominio instrumental y estético para llegar a la suprema elegancia de la simplicidad, cuánto refinamiento espiritual para excluir lo postizo y amanerado.

La distinción de nobleza y superioridad, en hombres como en pueblos, está en la conquista de esta sencillez y simplicidad que es una suprema estilización de la vida.

Trágico despertar

De este magnífico sueño de grandeza el hombre ha despertado.

Alúmbrale aún la sangrienta refracción de la tremenda hecatombe, paladea el acíbar que le ha dejado en los labios el engañoso manjar. Comienza el proceso de desasimilación del tóxico de la democracia romántica del Ochocientos; se cura del orgulloso individualismo que solo le ha conducido al desastre de la guerra, la miseria y la muerte.

La humanidad ha sembrado veinte millones de cadaérvs.

La tierra, regada y abonada así ¿qué cosecha dará?

Carecemos de un sentimiento alegre y seguro de la vida, nuestro malhumor y nuestra desconfianza provienen de los criterios contradictorios que rigen la existencia. Estamos desencantados de la concepción humanista que exageró las capacidades del alma: nos amargan la desilusión y el pesimismo. Pasando violentamente de la anárquica egola-

tría a un sometimiento al poder y la disciplina, fluctuamos en la incertidumbre y la impotencia.

Como el Fausto goethiano, venderíamos nuestra alma por alcanzar el rejuvenecimiento de la creencia y de la afirmación, del entusiasmo y de la fe.

Opuestas y paradógicas fórmulas de reconstrucción social se proponen a esta hora en que debe resurgir la civilización humana de entre las ruinas y los despojos que dejó la guerra.

El momento de transición que vivimos anuncia actividades renascentes, quizás regresiones que rejuvenezcan la vida, aumentando su poder. Todo renacimiento es, en cierta medida, un salto atrás.

Busque cada pueblo en su historia lo mejor que dió de sí.

Valor y significación

Volviendo sobre nuestra autoctonía cultural, nos sorprende el vigor y el brillo de la vida inkaica. Comprendemos mejor que nunca la alegre confianza en la existencia que es el sentimiento cardinal de la sociedad peruana precolombina.

No podemos retornar a ese mundo fenecido, es cierto: pero todos los benéficos efluvios que aún se desprenden de aquella ver-

nacular civilización deben ser recogidos y concentrados por la nacionalidad, porque constituyen la savia de nuestra raza.

El amor de la tierra, la solidaridad y la cooperación en el vivir, la sencillez de las costumbres, la fecunda disciplina, el dinamismo volitivo, la parquedad intelectualista, el hábito del trabajo, el predominio del interés social, el principio de la función como determinante del valor del individuo, la “eterna armonía de la existencia” de que hablaba Goethe, forman el haz de energías triunfadoras, capaces de producir un vigoroso resurgimiento.

Agrarismo: síntesis panteista que es el valor y la significación de la vida inkaica; del mismo modo que la vida griega, es síntesis artístico-plástica de la existencia humana y el alma cristiana es síntesis suprema de lo ético-religioso.

AGRARISMO debe ser nuestra divisa.

Sólo volviendo a la tierra, podemos purificarnos de los vicios de nuestra falsa democracia urbana.

Nuestras ciudades no han nacido espontáneamente, por un movimiento de concentración, sino que fueron fundadas por las necesidades de defender la rapiña de los destructores del Inkanato. Surgían en torno de la fortaleza o del obraje o de la mina, grilletes, peñones de Sísifo de la Raza.

Volvamos a la tierra, cultivándola con el mismo fervor que nuestros viejos abuelos los Inkas.

La sencillez campesina nos devolverá la confianza y la alegría de la vida que hemos perdido por nuestra desatentada imitación servil de lo extranjero.

Rieguen nuestro huerto espiritual las tonificantes linfas andinas, no las aguas pútridas de la moribunda civilización europea.

1922



LA CAPITAL DE LOS INKAS



La CAPITAL de los INKAS

La única ciudad de América en que conviven las edades y las civilizaciones, con todos sus contrastes, en parte amalgamadas e inconciliables en mucho, es en la milenaria capital del Tawantinsuyu.

Primitivos monumentos se esparcen en los alrededores; cuevas decoradas con dibujos paleolíticos; catacumbas de cultos esotéricos; relieves de totems; gigantescas rocas de extintas litolatrias. Kenko, Lak'o, Titikaka, Patallajta testimonian la remota antigüedad de los hombres que labraron en su seno granítico los primeros templos y sepulcros.

Sajsawaman, la ciudadela paleokeswa, representa el tipo de la arquitectura de grandes moles, superpuestas, aringleradas pasmosamente. Ella reproduce el misterio de

los druidas, trasportadores mágicos de colosales monolitos, vencedores fantásticos de las resistencias. La ley de la gravedad, para estos cíclopes, no rige.

Los Hombres de Piedra de la leyenda cosmogónica crearon esta primera cultura en que el granito es el material dúctil, que sin empequeñecerse en sillares, se utiliza para el arte, dando la sensación de dominio humano en la misma medida que la arcilla en la obra del cerámico. El Dios Wirakocha demiurge de esta Génesis, hizo al hombre no del lodo vil sino de la piedra perenne. Por algo los epónimos fundadores procrearon la Civilización Megalítica.

El Cuzco es símbolo de esta edad primigenia. En su fortaleza—especie de Acrópolis—que le sirve de égida, en sus cercados de irregulares poliedros mayúsculos, en sus terrazas agrícolas, en sus profundos y bien protegidos acueductos, el arqueólogo constata la precedencia de un ciclo matriz de la Era Inkaica. Tal la Cultura Paleo-Keswa.

Viene después—y la continuidad solo se ofrece a los ojos del técnico—el aspecto cuzqueño de la transición, más bien del esfuerzo para volver a surgir. El Renacimiento de la Civilización Keswa, o de los Valles templados, se llama por antonomasia Cultura del Cuzco, estilo Inka; sus rasgos fisonómicos son inconfundibles. Ya no es la Esfinge, ya no

la oquedad sombría de los ritos inhumanos, ya no el muro de bloques desmesurados, ya no el totem de la auquenia gigante. Es la figura apolínea del Inka, es el culto hélico bajo el gran cielo añil; es la pulida muralla de sillares isódomos, es el llama de femeninas esbelteces, de elegante esguince.

Simetría, solidez, sencillez— lo dijo ya Humboldt—caracterizan la arquitectura Inka.

Por doquiera hallemos un trozo de pared, en esas cuantas piedras se vacía el espíritu de la vieja cultura.

El Intiwasi, sanctosanctorum de la Ciudad, con sus cinco recintos decorados de metales preciosos, con la torre cónica a manera de atalaya y los altos andenes circundantes que aislan la morada de los dioses de las rúas y los caminos; el Intiwasi, suma y compendio de las perfecciones arquitecturales, es la más preciada joya del tiempo inkaico. El español mancilló su originalidad y belleza, fragmentando, destruyendo con bárbara saña la suntuosa mansión del Señor del Día, sobre cuyas ruinas edificó de barro vil, de cascote, de ruines pedruzcos la iglesia y convento de Santo Domingo.

Amaru-kancha, Kasana, Kiswar-kancha, Jatun-kancha, Pukamarka residencias magníficas de la realeza, de éllas sólo quedan pequeños lienzos de muralla, dispersos silla-

res perceptibles en fachadas e interiores de edificios de adobe, o en cimientos de santuarios católicos de la misma piedra que pulieron los alarifes idólatras.

La venganza del tiempo no respeta las construcciones endebles de quienes quisieron superar a los vencidos. Por lo contrario, parece que la eternidad sellara cada muro de estos que el Inka levantó para perpetua memoria de su raza.

Ninguna ciudad de más hondas y complejas evocaciones, en que la historia vive no como sucesión sino como coexistencia. Cuando, por arte de reconstituciones, nos imaginamos el Cuzco de las edades próceras, surgen simultáneos, con anacronismo sorprendente, inkas, conquistadores ibéricos, héroes de la emancipación, indios y peninsulares, Mankos y Pizarros, Toledos y Amarus, Pumawas, Angulos, Canterac, La Serna, Bolívar, Sucre, Gamarra, Santa Cruz... Con sus trajes y tocados, unkus y maskapachas, militares uniformes decorados de oro, cogullas y sambenitos, la teoría de la entreverada multitud de las distintas edades supera a toda ponderación caleidoscópica. Plazas y calles del Cuzco, escenarios de culminantes episodios, en las noches lunares cuando el silencio de lo actual ha cesado, se pueblan de gentes arcaicas que en el sonambulismo de las

evocaciones vuelven a ejecutar hazañosas aventuras, tocadas de tragedia.

Estático asiste el creador de la historia a la fumarada que se desprende del ambiente cuzqueño. De cada rincón se eleva esta nebulosa que va a trasformar en vividas figuras el artista.

La Plaza Mayor produce el agolpamiento de las representaciones del cenagoso lugar preinka, del Aukaipata imperial, teatro de las grandes fiestas, esplanada en cuyas arenas se juntaban las tierras de todo el Tawantinsuyu como para simbolizar la trasfusión y unimismamiento de las razas y los pueblos. Imaginámosla iridiscente, polícroma, con toda la riqueza de colores de las túnicas inkaicas; más, de pronto cambia la decoración y es la plaza en cuyo centro se levanta el patíbulo donde ha de ser ejecutado el adolescente Señor de Vilcabamba y último Hijo del Sol. En un balcón de entornadas celosías está el Virrey. El inflexible Francisco de Toledo asiste, como desde un palco de avant-scène. Otra, otra y otra vez va cambiando el juego escénico. De cuántas tragedias es anfiteatro el gran plazón cuyos horizontes delinean las cumbres de Pijchu, Senka y Sajsawaman. Sobre él descendieron, en el Sunturwasi la Virgen y Santiago, salvadores de los españoles sitiados. Por él recorre aún con reminiscencias inkaico-coloniales la suntuosa proce-

sión del Corpus, y en él comienza y termina la del Lunes Santo, eclosión sublime de la religiosidad indígena, producto extraordinario de la amalgama de los sentimientos cristianos y gentiles.

La Plaza de Armas, la Plaza Mayor, es la Agora republicana. Sobre el alto atrio se sitúan los oradores y la multitud se extiende como un mar, mientras la Maringola, con lentas, graves, solemnes campanadas toca a somatén. De aquí se desbordan las turbias muchedumbres y comienzan la pedrea y el saqueo, formas de la sanción popular en su prístino arcaísmo.

¡La Plaza de Armas! cómo ensancha el espíritu cuando en ella se desemboca de una calleja estrecha y sombría; qué espectáculo de los cielos al atardecer; qué diluvio de sol al mediodía.

¿Hay un Cuzco español? El Cuzco de las catedrales y los conventos renacentistas, barrocos, churruiguerescos no es una copia de Burgos, de Toledo, de Avila. Nuestro indianismo es al arte colonial, lo que la morería, el arabesco, al arte peninsular. Aquí, allá, en todas partes el obrero regnícola cambió, modificó, agregó algo de su cosecha a estos modelos traídos por los grandes arquitectos y alarifes peninsulares.

La Catedral, la Compañía, la Merced, San Francisco, San Blás, San Cristóbal, Santa

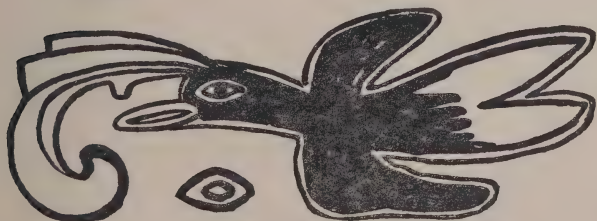
Ana, Santo Domingo, La Almudena, Belén, San Pedro, San Andrés, son templos cuzqueños y nada más que cuzqueños. ¿No lo dicen así claramente los púlpitos y las sillerías de los coros, las estofadas esculturas o los lienzos murales, las custodias, el repujado argentino de los frontales, los retablos dorados a fuego, las casullas, “la plata labrada”?

Bajo la miraculosa omnipotencia del obispo Mollinedo nació este Cuzco de iglesias y monasterios en la segunda mitad del Seiscientos; indios y mestizos lo procrearon.

Debió de ser urbe sombría, adusta en su núcleo de reyecía y sacerdocio, en contraste con sus aldehuelas desparramadas por todo el distrito agrario, trepando los ribazos, en lo alto de las andenerías, escapando a lo verde de los campos cultivados intensivamente.

El Cuzco de los suburbios y las parroquias, el Cuzco de los remiendos y las refacciones, ese Cuzco a medio caer de las calles apartadas es el más rico en poder de evocación y el de indiscutible “sabor local”.

1924.



LEXICO



Keswa-español

Amaru Kancha, Palacio de Wayna Kápaj—(Cuzco).

Anti, Tribus de los bosques del Amazonas y Madre de Dios.

Apu, El señor—La Cumbre Nevada.

Apurimaj, Río de este nombre.

Apuchijta, Apacheta.

Auk'a, Enemigo—Guerrero—Soldado.

Auki, Príncipe—Cerro—Antepasado.

Ausangati, Monte nevado visible desde el Cuzco.

Ayllu, Grupo social, Conjunto de familias

Chok'e Chaka, Barrio antiguo del Cuzco.

Chok'o pata, Terrazas del Sajsa Waman.

Ch'ek'a K'apaj Runa, Literal: "Verdadero—Señor—Hombre.

Ch'ata K'ak'a, Peñón en las laderas de Sapi.

Ch'ankas, Tribus neo-keswas de Andahuaylas.

Chinchas, Tribus de la costa central peruana.

- Ch'aska, El planeta Venus.
Chaski, Postillón.
Chimus, Tribus de la costa norte del Perú.
Chumpiwillka, Tribus de Cuzco, hacia el Kollau.
Inti, El Sol.
Intipampa, Llano del Sol.
Jatun-Rumi, "Piedra grande".
Jananay!, Interjección de cansancio.
Jarawe, Canto triste.
Kacha, Pueblo de la provincia de Canchis. "Mensajero"
K'anchi, Quebrada, valle templado. "Canchis".
Kachamarka, "Pueblo del Mensajero"—En el Altiplano.
K'allankati, Pico nevado en Quispicanchi.
K'asana, Palacio de Pachakutej.
K'atari, Gran serpiente del trópico.
También un vaso de madera.
K'antut, Clavelina del Inka.
K'armenka, Barrio antiguo del Cuzco.
K'ori Kancha, "Cercado de oro", en el templo del Sol.
Kollas, Las tribus pastoras del Altiplano.
Kaswa, Gran danza de la alegría.
Kenti, Tominejo, Picaflor.
Kimsa-ch'ata, "Los tres cráteres", volcán apagado en las cercanías del pueblo de Cacha.
..K'oya, Pueblo en Calca.—La esposa del Inka.
Kusipuma, "Puma alegre"—Nombre propio.
Kollkampata, Barrio y palacio del Cuzco Alto...
Koyllur, Estrella.
Kuntur, El Cóndor.
Kuichi, Arco Iris.

- Kipus**, Sistema mnemotécnico de los Inkas.
- Kuraka**, Jefe de la tribu.—“El mayor”
- K’alla K’oya**, “Principio del linaje K’oya”.
- Kon Titi Wirakocha**, Dios paleo-keswa.
- Munay Senk’a**, Cerro próximo al Cuzco.
- Maskayp’acha**, “Indumento de los Maskas”. Insignia Real.
- Ñusta**, Joven princesa.
- Pikol**, Monte cercano a Cuzco.
- P’urur auk’a**, Soldado de Piedra.
- .. **Pijchu**, “Pico de monte”—Barrio cuzqueño.
- Pillku**, Nombre propio.—Ave.
- Paukar**, Nombre propio.—Hermoso, florido.
- Parawaysu**, Manantial próximo al Cuzco.
- Pura**, La luna llena.
- Puriwaylla**, “Caminante de la Pradera”. Nombre antiguo del Watanay, riacho que pasa por el Cuzco.
- Rauraj Ayllu**, Grupo Real, fundador del Imperio.
- .. **Sip’as pujio**, “Fuente de la Doncella”.
- Sajsawaman**, Ciudadela megalítica de K’osk’o.
- Sap’i**, Río y quebrada en el setentrion cuzqueño.
- Tampu**, Región y tribus del Willka Mayu pretropical.
- Taruka**, Venadita.
- Toko Kachi**, Cueva de la Sal—Barrio cuzqueño.
- Thunapa**, Personaje mítico paleo-keswa.
- Wayllapampa**, Pradera.
- Upamarka**, Paraje subterráneo de los muertos.
- Uska Maita**, Ayllu antiguo del Imperio.
- Wañu**, La luna nueva.
- Willkamayu**, Río—“Río del Sol”.
- Willkanuta**, Nevado.—“Casa del Sol”.
- Tarpuntay**, Grupo sacerdotal.

Waraka, Honda.

Waranka, Millar.

Willaj Umu, El sacerdote en jefe.

Yunka, Habitante de zona tropical.

Saykuska, Cansado.

Pumakurku, Barrio cuzqueño.

Uk'unkata, Monte en Quispicanchi.

Wallata, Ave acuática

K'epa, Especie de trompeta larga.

Ankahs, Azul





POST SCRIPTUM

Gérmenes de la obra futura son estos capítulos que aquí no terminan; porque tienen la inconclusión del boceto, y su gesto indeciso.

Lima, enero de 1925



INDICE

	Pag.
A TI K'OSK'O ..(ofrenda)	5
LAS LEYENDAS DEL HOMBRE DE PIEDRA:—	

1.—Purun Pacha 2.—Wirakocha 3.—Allka Wisa 4.—El Tundidor de Montañas 5.—Lluvia de fuego. 6.—Los Danzarines. 7.—Waipu. 8.—Pikol. 9.—Apu Sallkantay. 10.—Willkanuta. 11.—Apu Ausankati. 12.—Saykuska. 13.—La Cólera del Apu. 14.—Los Purur Auk'as. 15.—La Venganza del Señor de Tampu. 16.—Ch'ata K'ak'a. 17.—K'anchis y Kollas	15
---	----

KUSIPUMA

Escenas de la Vida Imperial del Cuzco	35
---	----

ARS INKA

1.—La Cordillera creó la cultura. 2.—Culto de las Cumbres. 3.—Las regiones. 4.—El	
---	--

germen. 5.—Telurismo. 6.—Estética incon-	
fundible. 7.—El mundo circundante. 8.—	
Introspección. 9.—Música. 10.—Erótica.	
india. 11.—Las otras bellezas. 12.—Util	
y bello. 13.—El misterio, revelado	69

GLOSARIO

1.—La antehistoria de la raza. 2.—Agra-	
rismo. 3.—Los Inkas. 4.—Disipación de	
errores. 5.—Un concepto más seguro. 6.—	
Sociedad colectioista. 7.—Gobierno pater-	
nal. 8.—El comunismo. 9.—Culto hélico.	
10.—Arte y ruralismo. 11.—El más allá	
y el Alma Inkaica. 12.—Placidez virgi-	
liana. 13.—Nostalgia. 14.—Voluntad y	
sentimiento. 15.—Franciscanismo. 16.—	
Tiempo y espacio. 17.—El agua sacra. 18.	
Corazón. 19.—Lo “no bueno”. 20.—Hie-	
ratismo. 21.—Linaje antiguo. 22.—Cultu-	
ra original. 23.—Primitivismo y estiliza-	
ción. 24.—Trágico despertar. 25.—Valor	
y significación.	85

LA CAPITAL DE LOS INKAS.	113
----------------------------------	-----

LEXICO.	123
-----------------	-----

POST-SCRIPTUM.	129
------------------------	-----





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



10002562585